

AYER Y HOY.

Comedia en cuatro actos y en prosa, escrita en francés por MR. VICTORIANO SARDOU, *con el título de* Les ganaches, *y arreglada á la escena española por* Don Ramon de Navarrete, *para representarse en Madrid el año de* 1865.

PERSONAJES.

MARGARITA.
ROSALIA.
MARCELO.
EL MARQUÉS.
VAUBERT.
FROMENTEL.
EL PADRE LUIS.
BERNARDO.
URBANO.

ACTO PRIMERO.

Un salon antiguo. Retratos de familia. A la derecha una gran chimenea con fuego. A la izquierda ventana que dá al jardin. Puerta de entrada en el fondo: otra á la derecha que comunica con las habitaciones interiores. Mesa de juego preparada. Candeleros con luces.

ESCENA PRIMERA.

EL PADRE LUIS, MARCELO *y* BERNARDO.

(*Al levantarse el telon, Bernardo acaba de arreglar la mesa de juego, y salen por el fondo el padre Luis y Marcelo.*)

LUIS. Buenas noches, amigo Bernardo. Ha salido de casa el señor marqués?...

BER. No, señor cura: está acabando de cenar.

LUIS. Cuando concluya, dígale usted que aquí estoy yo.

BER. He de anunciar tambien la visita de este caballero?

LUIS. Es un amigo mio, á quien el señor marqués no conoce, y á quien le presentaré yo.

BER. Pues con permiso de ustedes voy á avisar al señor marqués.

ESCENA II.

EL PADRE LUIS *y* MARCELO.

MAR. No está muy avejentado el pobre Bernardo.

LUIS. Cómo! Le conoces tú!

MAR. Desde mi niñez; sin duda no recuerda usted que he nacido en este pueblo.

LUIS. Es verdad. Cáspita! Y eres una de las ilustraciones de Quimperlé! Ingeniero en gefe de una compañía de caminos de hierro, Caballero de la Legion de Honor; y célebre ya á la edad en que otros son apenas conocidos!

MAR. Dejemos á un lado mi celebridad. Mi abuelo fué mayordomo de los Rochefort, antes de la revolucion de mil setecientos ochenta y nueve.

LUIS. No lo sabia.

MAR. Mi padre siguió otro camino como es notorio, y las dos familias se perdieron desde entonces de vista. Por mi parte no pienso traer á la memoria del marqués semejantes recuerdos, al hablarle del asunto que aquí me conduce.

BER. (*sale.*) El señor marqués ruega á ustedes que esperen un poco. Está acabando de cenar con su padre.

LUIS. Bien, muy bien.

MAR. Qué: vive todavía el duque de Rochefort?

LUIS. Todavía. (*sentándose al fuego.*)

MAR. Es posible?

LUIS. El pobre tiene mas de noventa navidades, y empieza ya á chochear; pero conserva su genio y sus antiguas preocupaciones. La vida de provincia alarga la de los seres humanos.

MAR. Es cierto. Al entrar en la ciudad, á la que no venia hace mas de cinco años, he visto todo en igual estado que lo dejé; los hombres y las cosas.

LUIS. Incluso el palacio del marqués.

MAR. Sí, sí; he reconocido con alegría el aldabon de la puerta con el que nos divertíamos los chicos en otro tiempo, llamando á cada instante para hacer rabiar al viejo Bernardo. El banco del portal, la yerba del patio...

LUIS. Pues los inquilinos de la casa tampoco han cambiado mucho.

MAR. Los inquilinos? Por ventura no habitaban aquí solos el duque y el marqués?

LUIS. No; ellos se han reservado únicamente el cuarto bajo, y el jardin; en el piso principal vive un tal Fromentel con su hijo; en el tercero, dividido por

dentro, el doctor Vaubert y la señorita Rosalía de Forbac, parienta lejana de los Rochefort, recogida por caridad. Conoces al marqués?

Mar. Muy poco, y únicamente por lo que de él me ha dicho mi padre, á quien en esta materia no juzgo imparcial.

Luis. (*levantándose.*) El marqués... es un legitimista furioso, que retirado á Quimperlé desde la revolucion de mil ochocientos treinta, á pesar de su mérito, su talento y sus virtudes, no quiere reconocer nada bueno despues de la época de su alejamiento voluntario del mundo. Lleno de escelentes cualidades, dotado de un corazon noble y generoso, se ha vuelto esclusivo, intolerante, apasionado, por espíritu de partido.

Mar. Probablemente las personas que le rodean... quizás...

Luis. Leonidas Vaubert es en todo el polo opuesto del marqués. Hijo del ciudadano Vaubert, secretario del tribunal revolucionario de Vannes en mil setecientos noventa, mas tarde indivíduo del club de los Jacobinos...

Mar. Será un revolucionario tremendo.

Luis. Cruel, sanguinario, materialista... en teoría; lo que no impide que su alma sea sensible, humana y elevada. Profesa á todos los curas una aversion terrible, y á mí en particular, prescindiendo de mi carácter sacerdotal, un cariño entrañable.

Mar. Entonces será el tercero....

Luis. El marqués representa el statu-quo de hace treinta años; el doctor el progreso rápido é indefinido. Nicolás Fromentel, antiguo provisionista de los ejércitos, y como tal, millonario, es el retroceso personificado hacia un tiempo que pasó para no volver.

Mar. Y cómo vive el marqués con tales inquilinos? Será una guerra perpétua entre ellos.

Luis. Todo al contrario; ves esos trebejos? (*señalando la mesa de juego.*)

Mar. Sí señor.

Luis. Pues ahí se sientan los tres todas las noches, despues de cenar, á jugar al tresillo.

Mar. Parece increible.

Luis. En primer lugar, el marqués y el doctor son amigos íntimos desde la niñez. Pasaba Vaubert cierto dia por esta misma calle, cuando vió á un chico de diez años que habiéndose caido desde una ventana, estaba suspendido sobre èl abismo por su chaqueta medio desgarrada; el espartano tuvo la suerte de recibirle en sus brazos, y desde entonces, porque aquel chico era el marqués, empezó esa amistad que nunca acabará, y de que hay pocos ejemplos en el mundo. Los dos disputan y riñen desde la mañana hasta la noche, pero se tienen un cariño verdaderamente fraternal, y no se pueden pasar el uno sin el otro. El doctor no permitiria que ninguno mas que él se levantase al amanecer para asistir á su pícaro aristócrata cuando está enfermo; y el marqués no tomaria sino de mano del infame demagogo la medicina que debe aliviarle.

Mar. Pero en fin, querido preceptor mio, y Fromentel?

Luis. A ese le han aceptado porque necesitaban un pié para jugar su tresillo. Y luego, como siempre está descontento de todo, tienen la seguridad de que nunca hará el elogio de nada, ni de la tierra ni del cielo.

Mar. Y no asiste á la tertulia ninguna mujer?

Luis. Sí, Rosalia de Forbac, si es que la podemos llamar mujer.

Mar. Por qué?

Luis. Sabes, querido Marcelo, que llevado del cariño que te profeso, me estás haciendo charlar demasiado, y quizás, quizás, murmurar?

Mar. Conque será una pécora la tal parienta?

Luis. Es una solterona vieja, entrometida y chismosa, capaz de revolver ella sola, no solo un pueblo de provincia como Quimperlé, sino París entero. Y ahora sí, discípulo del alma, que no me sacarás una palabra más.

Mar. Así como así... (*mirando al reloj.*) yo tampoco puedo detenerme ya ni un minuto. El marqués tarda mucho en salir, y en casa me esperan, hace una hora, dos amigos á quienes he convidado á comer. Por otra parte, lo que usted me ha dicho de las opiniones de ese señor... Mas vale que no le vea, y me contentaré con dejarle una tarjeta.... Se queda usted?

Luis. Sí; necesito hablar al marqués cuando esté reunido con sus compañeros de tresillo: debo recomendar una pobre muchacha, y cada uno de ellos tiene una razon para interesarse por su suerte. En fin, es un asunto grave y delicado.

Mar. Hasta mañana, padre Luis. (*dándole la mano.*)

Luis. Dime, hijo mio, no has pensado nunca en casarte?

Mar Casarme yo? Bah! Y para qué?

Luis. Es que si piensas en ello... quieres que yo te case?

Mar. Muchas gracas, padre: pero por ahora no.

Luis. Diez y seis años; bonita.... escelente muchacha.

Mar. Ah! su protegida de usted?

Luis. Huérfana... sola en el mundo.

Mar. No; no tengo vocacion.

Luis. Entonces... no hay mas que hablar. Á Dios.

Mar. A Dios, señor cura. (Vaya una idea original!)

ESCENA III.

El Padre Luis, Urbano.

Luis. Es una alhaja este jóven. Yo le quiero de todo corazon. (*Sale Urbano con un cigarro, y habla á Bernardo.*)

Urb. Bueno, bueno; le digo á usted que está apagado el cigarro.

Luis. Hola! es Urbano Fromentel. (*hojeando un libro.*)

Urb. Cuidado si son intolerantes en esta casa. No dejarle á uno fumar siquiera un cigarro, despues de comer. (*se sienta á la chimenea.*)

Luis. Urbano... (Su nombre es un epigrama.)

Urb. Papá, dime, papá... Perdone usted, señor cura, le habia tomado á usted por mi padre.

Luis. Que tal vá, señorito?

Urb. Pasando; nada mas que pasando. No obstante, desde que papá me quitó de pasante de escribano, mucho mejor que antes.

Luis. Y en qué te ocupas ahora?

Urb. Ahora soy escritor.

Luis. Diantre! No has adelantado poco. Conque de pasante á literato? Bien se conoce que estamos en el siglo del vapor, y de la electricidad.

Urb. Cuando uno tiene algo aquí... (*Tocándose la frente.*) La lástima es que aquí no hay nada. (*por el bolsillo.*)

Luis. Eso es lo malo.

Urb. Ya se vé, mi padre no quiere oir hablar siquiera de París, y allí, allí es donde se hace pronto fortuna. Cómo ha de medrar uno en una ciudad de pro-

vincia, vieja, atrasada y llena de preocupaciones? En Quimperlé no se vive, se vejeta. Ah! si yo fuese á París!

Luis. Y qué harias tú en París?

Urb. Volar con mis propias alas... conquistar renombre, gloria.

Luis. Con la literatura?

Urb. Con mi talento.

Luis. Tienes talento? (*tomando un polvo.*) Pues no lo sabia.

Urb. En este bendito pueblo todo se ignora. Lee usted alguna vez *El centinela de Quimperlé?* (*misteriosamente.*)

Luis. Jamás!

Urb. Pues yo soy quien escribe las cartas de París bajo el pseudónimo de Quasimodo!

Luis. Qué me dices?

Urb. Si viese usted qué bonitas son! Lo que dice la mujer del cafetero, que es muy amiga mia... Ni en París se escriben mejores.

Luis. Lo creo.

Urb. Tengo yo mucha chispa, mucha gracia, mucho aquel...

Luis. Eso se conoce á la legua.

Urb. Y si mi padre no fuese un avaro me mandaria á París á fundar un periódico allá. Estoy seguro de que en poco tiempo adquiriria yo influencia, logrando que se representáran mis obras en los teatros principales.

Luis. Calle! Conque tambien eres autor dramático?

Urb. Sí señor, y de los buenos. Solo que como vive uno en un poblachon... Oigo la tos de papá. Ay, señor cura, si quisiese usted hablarle en mi favor!

ESCENA IV.

Dichos, Fromentel.

Fro. (*tosiendo y de mal humor.*) Vaya si hace frio! Un frio espantoso! En mis tiempos nunca hacia tanto frio en el mes de Marzo. Buenas noches, señor cura.

Luis. Felices, amigo Fromentel.

Fro. (*Acercándose á la chimenea sin ver á su hijo.*) Tengo un catarro horrible. Yo que durante treinta años no he sabido lo que era constiparse!

Luis. Ya lo creo: como que habla usted de una época en que el invierno era mucho mas suave.

Fro. Sin comparacion, padre Luis, sin comparacion.

Luis. Desde mil ochocientos cuarenta y ocho es cuando....

Fro. Positivamente. Desde entonces ha habido un cambio en la temperatura. Ahora llueve, nieva, truena y graniza. Nunca se ha visto cosa igual.

Luis. Y no tiene nada de estraño.

Fro. Qué ha de tener? No vé usted que han despoblado los bosques?

Luis. Sí, y tambien las cabezas. (*mirando á la suya.*)

Fro. Lo uno es hijo de lo otro. (*llevándose la mano á la cabeza.*)

Luis. Ya se vé!.. Como han quitado los árboles, que cortaban un poco el aire...

Fro. Este ha adquirido ahora mayor violencia.

Luis. Y basta con una pícara corriente....

Fro. Para cojer un constipado.

Luis. Eso es.

Fro. Qué gobierno, señor cura, que gobierno! Pícaros! Vea usted cómo me han puesto. Hola! Conque estabas tú ahí, galopin? (*reparando en Urbano.*)

Urb. Sí, papá!

Fro. Hoy no has parecido á la hora de almorzar ni á la de comer.

Urb. He estado de servilleta prendida.

Fro. En dónde?

Urb. En casa de una señora que me quiere bien.

Fro. Una señora! (*gruñendo y echando leña.*) Apuesto á que es la lavandera.

Urb. Se equivoca usted papá. Ha sido la dueña del café del Comercio!

Fro. Ya te daré yo las cafeteras. Mire usted qué cabeza! Parece que tiene sesenta años, y aun no ha cumplido veinte. Señor cura, será menester que me ayude usted á corregir á ese muchacho. Dónde has pasado la noche última, seo perillan?

Urb. Volví á casa á las diez en punto papá.

Fro. No es verdad. A las diez y media miré yo por el agujero de la cerradura de tu cuarto, y estaba el balcon abierto.

Urb. Se me olvidó cerrarlo.

Fro. Embustero! En lo mas crudo del invierno!

Urb. Jesus, papá, qué fastidioso eres! (*se acerca á la mesa de juego y hace un solitario.*)

Fro. Qué le parece á usted la juventud del dia, padre Luis?

Luis. Me parece muy mal; tan mal como la de otros tiempos.

Fro. Para que me hubiese yo atrevido á contestar á mi padre, como me contesta ese monigote! Del bofeton que me habria dado, me hubiera roto las narices.

Luis. Entonces esa culpa no es solo de los hijos.

Fro. Pero señor, si con estas ideas modernas no se puede vivir! Así que uno quiere tirar un poco de la cuerda, le llaman tirano, déspota, y no se cuantas cosas más: le hablan de sus derechos, de sus deberes, de su autonomía, de...

Urb. Para eso somos ricos, papá.

Fro. Voy á gastar hasta el último céntimo, á fin de que cuando yo muera, te veas precisado á ganarte el pan.

Urb. Pisch! Venderé fósforos ó periódicos.

Fro. Qué siglo! Señor cura, qué siglo! Maldita revolucion!

ESCENA V.

Dichos, Vaubert, *despues* Bernardo.

Vau. Buenas noches, señores. Hola! tú por aquí? (*á Urbano.*)

Urb. Yo por aquí, sí señor. (*sigue jugando.*)

Vau. Cáspita! Cómo te vas desmejorando. Si continúas con este género de vida, antes de dos años te llevamos al hoyo.

Urb. Qué bromas tan pesadas gasta usted! (*tirando las cartas.*)

Vau. Bromas? No me hagas caso, y tú verás!

Urb. Vaya si son insoportables! Le ponen á uno el corazon como un puño.

Vau. Bonita generacion la actual!

Fro. Nosotros somos mas jóvenes que ellos.

Urb. Para oir únicamente esas cosas, prefiero irme á fumar al café del Comercio.

Vau. Sí, sí; eso es lo mejor; el cigarro y una copita de ajenjos te harán mucho provecho. Anda, anda.

Urb. Buenas noches. (*poniéndose el sombrero.*) Señor cura, usted es el único que podia y no me echa sermones.

Luis. Predicar en desierto...

Urb. Lo que sigue.

Fro. Oye, picaron! Si no vuelves á casa esta noche, te desheredo.

Urb. Quiá! Si no puedes hacerlo! Conozco las leyes, estamos? y no puedes hacerlo, papaito. Hasta mas ver. (*se vá.*)

ESCENA VI.

Dichos, ménos Urbano.

Fro. Es imposible que ese bigardo sea mi hijo. (*sale Bernardo.*)

Vau. No está en casa Larroche?

Ber. El señor marqués no se ha levantado aun de la mesa.

Vau. Perfectamente. A las ocho y media! Luego tendremos aquello de.. «Doctor, no puedo digerir... Doctor, duermo muy mal.»

Ber. Querrá usted tambien que el señor marqués no coma cuando tiene gana?

Vau. Y si despues le dá una apoplegía? (*saca Bernardo una bandeja con café y licor.*) Hola! hola! café, licores.

Ber. Si señor.

Vau. Llévate esa bandeja. Yo te respondo de que el señor marqués no los tomará hoy.

Ber. Cómo? Quiere usted que el amo se prive?...

Vau. Hace cincuenta años que yo me privo de ellos, y hay muchos desgraciados que se privan siempre.

Ber. Tambien hay desgraciados que no tienen dientes, y por eso, no ha de hacer uso de los suyos el señor marqués?

Vau. Lo que yo le niego es derecho para envenenarse.

Ber. Y si le acomoda envenenarse?

Vau. Si la librea que llevas no hubiera embrutecido tu inteligencia, sabrias que tu amo es ciudadano antes de ser hombre, y es responsable para con la sociedad de todo el daño que puede hacer á su propia persona, tomando un brebaje nocivo á la conservacion de la especie humana.

Ber. Conque entonces será menester que pidamos á la sociedad permiso para tomar nuestro café?...

Vau. La sociedad soy yo, y te lo rehuso. (*toma la cafetera y arroja al fuego el café.*)

Ber. Qué arbitrariedad!

Vau. (*volviendo á poner la cafetera en la bandeja.*) No hay cosa como los revolucionarios. Si uno se pone á discutir con estos animales...

ESCENA VII.

Dichos el Marqués.

Marq. Qué ocurre? Quién disputa por aquí?

Ber. El señor marqués no podrá tomar café porque la sociedad lo ha tirado al fuego.

Marq. Cómo! La sociedad!

Vau. Sí, yo. (*sentado leyendo un periódico.*)

Marq. Tú tiras mi café? Buenas noches, señor cura.

Luis. Felices, señor marqués.

Vau. Creí que no acababas nunca de cenar. Has atracado bien... eh?

Marq. Oh! he tenido una gran orgía con mi padre.

Vau. Y todavía preguntan por qué vino la revolucion de mil setecientos ochenta y nueve!! Porque comíais demasiado, porque os lo comíais todo.

Marq. Es claro: como que todas las revoluciones son cuestion de comer. (*Vaubert se encoje de hombros y lee.*) Le he hecho aguardar á usted mucho tiempo, señor cura; pero dispénseme usted, porque despues de la cena he tenido que llevar á mi padre á su cuarto, y dejarle en la cama.

Luis. Es un deber sagrado, del que no podia usted escusarse. Además, vengo á pasar la noche aquí.

Marq. Lo celebro en el alma; tomará usted luego una tacita de té con nosotros, si nos lo permite el ciudadano Leonidas; pues con estos amigos de la libertad nunca está uno seguro de hacer lo que quiere.

Luis. Tenemos que hablar despues, señor marqués.

Marq. Pues ahora mismo.

Luis. Oh! no hay prisa; mas tarde.

Marq. Como usted guste. (Qué será?)

Luis. (Perfectamente. Mientras, estudiemos el terreno.)

Marq. Qué hay de bueno, señor Fromentel? (*Este lee un periódico.*)

Fro. No saben siquiera lo que hacen esas gentes. No piensan ahora en construir un teatro nuevo? Lo que deberian fabricar era una inmensa casa de locos para encerrar en ella á la mitad de los franceses.

Vau. Pues si se tratase de encerrar á todos los tontos, aun seria menester que fuese mucho mayor.

Marq. Con que no jugamos?

Vau. Por mí ya podemos empezar. (*levantándose.*)

Marq. Será usted de la partida, señor cura?

Luis. Muchas gracias, señor marqués; pero no sé jugar á nada.

Marq. Entonces podemos decir con Talleyrand. «Qué triste vejez se prepara usted, padre Luis!» Nosotros tenemos la costumbre de charlar y aun de disputar mientras jugamos. (*se sientan á jugar los tres.*)

Luis. Entonces, por si ustedes no lo saben, les diré que nos cambian de Sub-Prefecto

Marq. Para el caso que yo hacia de él!

Vau. Copas. (*jugando.*)

Fro. Rey de oros.

Vau. Rey de oros? Pocos van quedando ya.

Fro. Pocos, qué?

Vau. Reyes!.. Vuelvan ustedes la vista á Grecia, donde no hay quien quiera serlo.

Marq. Leonidas, ya sabes que la política es lo único escluido de nuestras conversaciones.

Vau. Si no hablamos de política, hazme el favor de decirme de lo que hemos de hablar. Espadas. De eso si que hay siempre en este siglo hipócritamente llamado de la paz; no nos podemos pasar sin ellas. (*dán tres aldabonazos.*)

Fro. Han llamado. Quién vendrá á tales horas?..

Marq. Mi prima Rosalía, que vuelve del rosario.

Vau. Señor cura, es verdad que hay en la Parroquia un sochantre de voz maravillosa?...

Luis. En efecto, doctor; y si usted quiere ir alguna vez á oirle...

Vau. Muchas gracias; me quedaré con la curiosidad.

Marq. Hereje!... Padre Luis, es menester que entre todos le convirtamos.

Vau. Difícil es.

Luis. Dios dirá.

Vau. Volviendo al sochantre, estoy seguro de que no será como el que yo oí en la iglesia de San Roque, hará unos treinta años; aquello no era voz, si no un torrente; mas todavía... un cañon.

Marq. A mí no me han gustado nunca mucho las voces masculinas; en cambio las de mujer... Cáspita! Leonidas, te acuerdas de aquella prima donna

que cantaba en el Teatro Italiano, en mil ochocientos veinte y seis?

VAU. Era preciosa.

MARQ. Qué alma! qué sensibilidad! qué fuego! De fijo que todas esas Pencos, Albonis y Frezzolinis que ahora ponderan tanto, no sirven ni para descalzarla.

FRO. Pues y la música del dia? Vaya usted á comparar á Verdi con Rossini, con Mozart y con Cimarosa.

MARQ. Cómo cantaba la Malibran el aria del Barbero de Sevilla! Una voce poco fá. (*cantando.*)

VAU. Qué trinos y qué gorjeos los suyos! Parecia un ruiseñor.

FRO. Ahora no saben mas que dar gritos. Oh!... ah!.. ah! ah! (*cantando.*)

MARQ. Pues y el dueto de...

Amor, ó dolce amor
tú mi sorride sempre...

ESCENA VIII.

ROSALÍA *en traje de devota, con rosario, una bolsa de pedir y un perro en brazos.*

ROS. Buenas noches, señores. Jesus, que alegres están ustedes! Qué algazara! Qué ruido!

MARQ. Buenas noches, prima.

ROS. No te pregunto por tu salud, porque cuando uno canta el amor, debe gozarla escelente.

MARQ. Sí, sí, estoy muy bueno. Y tú, Rosalía? (*dando las cartas.*)

ROS. Ay! demasiado bien. Poco hace se lo decia á Modesta. Las dos estamos demasiado bien. (*estrechando la perra contra su corazon.*)

MARQ. Demasiado bien?

ROS. Y no es porque no le pida al Señor, como prueba, una pequeña enfermedad...

VAU. De modo que si tuviese usted un cólico miserere, su dicha de usted seria completa.

ROS. (*alejándose y aparte.*) (Aquí ya este pícaro ateo? Por eso sentia yo temblar á la pobrecita Modesta. Cargue el diablo con él!) (*á la perra.*) No temas nada, hija mia, el cielo nos protege.

MARQ. Se ha acabado ya el rosario?

ROS. Sí, querido primo.

VAU. No nos han fastidiado ustedes poco esta tarde con sus insoportables campanas.

ROS. Hereje! Vamos, Modesta, saluda al señor Marqués.

VAU. Qué tal vá la sociedad maternal para conversion de las jóvenes estraviadas?

ROS. (*sentándose á la chimenea.*) Vá perfectamente. (Tú si que no te convertirás nunca, pagano!) Dónde he puesto yo mi estambre?. (Tú si que morirás impenitente!) Has cogido mi ovillo, Modesta? Búscalo, búscalo, mona mia (y te hundirás en los profundísimos infiernos!) Dices que no? Pues yo digo que sí. Réprobo! Maldecido Jacobino! (*todos vuelven la cabeza.*)

MARQ. Con quién riñes, Rosalía?

ROS. Yo? Con nadie. Estoy buscando mi estambre.

VAU. Paso.

LUIS. (*levantándose y aparte.*) Mucho me temo no conseguir nada en favor de mi pobrecita protejida. Todos están llenos de preocupaciones. Si pudiese marcharme sin que me viesen!... (*Bernardo sale y prepara el té en una mesita.*)

ROS. Usted aquí, padre Luis? No le habia visto á usted.

LUIS. Estaba entretenido leyendo, y yo tampoco...

ROS. Qué hombre ese, señor cura! Qué perverso! Qué descarado! Qué irreligioso! Por qué no intenta usted convertirle?

LUIS. Llegará un dia en que él se convertirá. Dios no abandona nunca á sus criaturas, y en un momento dado hace caer la venda de los ojos.

ROS. Yo no puedo sufrirle. Me desazona, me irrita, me ataca á los nervios solo oir su voz. No sé cómo mi primo le recibe en su casa.

LUIS. Le debe la vida.

ROS. Ya se lo ha pagado con usura; y si él no fuese tan débil, no toleraria que un hombre así insultase á una señora como yo. (*Bernardo empieza á servir el té.*)

MARQ. Una tacita, señor cura?

LUIS. Muchas gracias; no lo tomo nunca, señor Marqués.

MARQ. A estas horas es cuando mas echo de menos la presencia de una mujer en mi casa, aunque solo fuese para servirme el té, en lugar del pobre Bernardo.

ROS. (De una mujer! Pues no estoy yo!)

VAU. Sí, el té servido por una bonita mano, tiene un sabor particular.

FRO. Pues aquí tenemos á Rosalía.

VAU. Es verdad. (*irónicamente.*)

ROS. (Bribon!)

MARQ. Ay! si empezase á vivir ahora...

FRO. Yo no me hubiera casado.

MARQ. Y yo por el contrario me casaria.

ROS. Pues todavía estás á tiempo; y si buscas bien...

LUIS. Y usted, doctor, qué dice sobre el particular?

VAU. Yo? No me hable usted de las mujeres, las aborrezco. (*tomando té.*)

ROS. (Mónstruo! Si te se volviera veneno lo que bebes...)

VAU. La mujer es un ser evidentemente inferior al hombre; la anatomía lo prueba.

MARQ. Buena prueba en efecto la de buscar las santas virtudes y la angélica bondad de nuestras madres con la punta del escalpelo!

LUIS. Entonces, señor marqués, usted cree que la mujer en una casa...

MARQ. Es el sol que la calienta y la alegra...

ROS. Es verdad.

FRO. Enténdamonos; cuando es jóven.

VAU. Y cuando es vieja? (*mirando de reojo á Rosalía.*)

ROS. (*á la perra.*) Ten paciencia, hija mia; ya le morderás, ya le morderás.

MARQ. Búrlate de las mujeres, majadero; por ahí empezaron todas las tonterías sociales de este siglo.

FRO. Paso.

VAU. Corto. Hola! Conque... luego niegas el progreso? Yo te creia liberal.

MARQ. Liberal, sí; revolucionario, no.

ROS. No le dejes responder, primo, porque sus atrocidades quizás harian hundirse la casa.

VAU. Gran desgracia! Un edificio carcomido, como el antiguo régimen.

FRO. Lo cierto es que estas pícaras chimeneas tan grandes gastan de leña un ojo de la cara.

MARQ. Son grandes, señor Fromentel, porque están hechas para que se calentase alrededor suyo una grande y noble familia. Ah! conque te parece vieja mi casa, ciudadano Leonidas? Hace trescientos años que todos mis antepasados han nacido y muerto aquí. Yo tambien nací en ella, y en ella espero morir.

VAU. Es eso afecto ó vanidad?
MARQ. Será lo que tú quieras.
VAU. Entonces diré que es el síntoma del incurable orgullo de la vieja aristocrácia.
MARQ. Si tiene orgullo, es porque conserva dignidad.
VAU. Así conservais tambien oro.
MARQ. Aristocrácia por aristocrácia, la de la sangre valia por lo menos tanto como la del dinero.
VAU. A mis ojos lo mismo vale la una que la otra; y sí no, ahí está Fromentel.
FRO. Qué quiere decir?
VAU. Pero nosotros habíamos fundado la del mérito y la de la integridad.
MARQ. Sí, sí, hablemos de la integridad de tus grandes hombres.
VAU. Sí, de su integridad. (*deja de jugar.*)
MARQ. Por ejemplo Mirabeau... pagado, vendido. Danton pagado, vendido.
VAU. Es falso.
MARQ. Cómo qué?
VAU. Es falso, lo repito; y no toques á los gigantes.
MARQ. Sí, me dá la gana de tocarlos, me parece que soy dueño de hacerlo. (*dejan de jugar.*)
VAU. No, no eres dueño de calumniarlos.
MARQ. Pruébame que los calumnio.
VAU. (*con furor*) Yo no autorizo á nadie para decir tales infamias.
MARQ. Discutamos al menos.
VAU. (*levantándose.*) No quiero discutir; no discuto; le prohibo á usted que discuta.
FRO. Sin embargo, me parece que la libertad...
VAU. Es una invencion de sus enemigos, que los periódicos han propagado.
MARQ. Si la creian...
VAU. Si realmente tuviésemos libertad, yo haria meter en la cárcel al primero que se atreviese...
MARQ. Bueno.
FRO. Pero...
VAU. Y no le volveria á dar el sol.
MARQ. Así, así.
FRO. Es que...
VAU. Para enseñarle á ese bribon, á ese pícaro, á ese tunante...
FRO. Pero...
VAU. Déjenos usted hablar con mil demonios! usted no quiere que nadie hable sino él.
FRO. Yo, pobre de mí?
VAU. (*tira las cartas.*) Váyase usted á paseo. No merecen ustedes que uno eche los bofes... para... Este es un país perdido.
ROS. Ay! si le diese un ataque cerebral...
MARQ. Estos son los liberales, los que reclaman el derecho de discusion.
VAU. No me insultes, Larroche, no me insultes.
MARQ. Basta, señor Vaubert... basta de escándalo. Acuérdese usted de que está en mi casa. (*se vuelve á sentar y hace señas al padre Luis que se siente.*) Perdone usted señor cura, la escena que acabamos de darle, y dígame, que ya es tiempo, el motivo que me proporciona el gusto de verle esta noche.
LUIS. Lo dejaremos para otra vez, porque ahora le veo á usted muy agitado.
MARQ. Peloteras iguales las tenemos todos los dias. Con que sepamos...
LUIS. (*sacando una carta.*) Señor marqués, hoy por la mañana he recibido esta carta de París, recomendándome á una señorita...
MARQ. Se trata de la hija de mi difunta hermana, no es verdad?
LUIS. Precisamente.
MARQ. En ese caso, siento que le hayan molestado á usted, porque ya he dado órden para que se la entregue todo cuanto necesite. Con que así no hay mas que hablar. (*levantándose.*)
LUIS. No se trata de dinero, señor marqués.
MARQ. Pues de qué?..
LUIS. Crea usted que deploro haber de tocar cuestiones que parecen conmoverle á usted dolorosamente.
MARQ. Dolorosamente, en efecto, y mas de lo que nadie puede suponer. Se halla usted enterado de esta triste historia?
LUIS. Sí, señor.
MARQ. Quizás se la hayan referido á usted con exageracion, y no habrá faltado quien le diga, para justificar á mi hermana, que su eleccion no era censurable, lo que es verdad; que el hombre al que que se unió era honrado, lo cual concedo; que se amaban hacia mucho tiempo, y que la negativa de mi padre á autorizar su matrimonio... procedia de un rancio orgullo aristocrático, fuera ya de moda, lo que no discuto. Pero abandonar la casa paterna... de noche... furtivamente; á la hora misma en que entraba en su mayor edad... refugiarse en el seno de la familia desconocida de ese hombre, y desde allí lanzarnos intimacion sobre intimacion hasta el momento de su matrimonio, desafiando la autoridad legítima del que la dió el ser... eso es lo que todas las disertaciones filosóficas del mundo no me persuadirán de que estuvo bien hecho.
LUIS. Si su hermana de usted fué culpable, acordémonos de que nuestra religion prescribe el perdon de las ofensas... de que la desventurada ha muerto, y en fin, de que hoy se halla en la presencia del único juez que puede condenarla ó absolverla. Además, su pobre hija no tiene la culpa de nada de lo que su madre hizo.
MARQ. Se lo repito á usted, señor Cura; estoy dispuesto á todo; y si la falta algo...
LUIS. Lo que le falta, señor marqués, no se lo proporcionará todo el oro del mundo. Piense usted que cuenta diez y seis años: que las personas que la han recogido no pueden tenerla por mas tiempo á su lado; en fin, que acaba de salir de una enfermedad terrible, y se halla apenas convaleciente. Ay! Lo que le falta, y siento tener que decirlo, es el tierno consejo que su edad necesita... la cariñosa indulgencia, los cuidados afectuosos, la proteccion constante... y todo eso, en una sola palabra, es la familia.
MARQ. Sí, sí, pero... (*conmovido.*)
LUIS. Usted que deplora la ausencia aquí de una mujer, encontraria de repente en su casa, triste y solitaria, una jóven bella, dulce, amable, bondadosa... Y usted lo decia poco ha; una mujer es el sol que alegra, es la flor que perfuma, es el ángel que proteje... Vamos, señor marqués, basta de preocupaciones y de resentimientos. Está usted conmovido; veo una lágrima en sus ojos, y no le resta á usted mas que abrir los brazos para llamar á sí esa parte de su corazon, que está tan lejos, y que solo desea acercarse á él.
MARQ. (*con emocion.*) Sin duda... yo... quizás... pero al fin y al cabo... Que venga, que venga, sí.
LUIS. Gracias en nombre de ella, señor marqués.
MARQ. Escríbala usted al momento; escríbala usted que salga de París.
LUIS. Ya está hecho, y la pobre jóven se halla en camino.

MARQ. En camino?

LUIS. Debe llegar esta noche misma... muy luego... dentro de un instante. (*se oye un aldabonazo.*) Tal vez esté ahí.

MARQ. (*agitado é inquieto.*) Ya! Tan pronto! No le dejan á uno siquiera respirar.

LUIS. Bien sabia yo que aquí encontraria un asilo.

MARQ. Pero y mi padre? Y su consentimiento?

LUIS. Lo lograremos.

MARQ. No hay otro recurso... Aunque á la verdad... no sé si... como es tan severo... Dios mio, que laberinto!

ESCENA IX.

Dichos, BERNARDO.

BER. Señor marqués, abajo hay una señorita que viene de París.

MARQ. Es ella!

LUIS. Ella es.

ROS. Una jóven aquí? Qué escándalo!

MARQ. Y si mi padre la oye, entonces somos perdidos. Dónde está la muchacha? (*á Bernardo.*) No sé lo que me pasa. (*á Luis.*) Que suba. No, todavía no! Jesús! Jesús!

VAU. Pero qué sucede? Qué tienes?

MARQ. Vaubert, Fromentel... Vaubert... mi antiguo, mi escelente amigo... la que ha llegado es la hija de mi hermana Magdalena.

VAU. Mi ahijada!

MARQ. Tu ahijada?..

VAU. Sí, no te lo habia dicho, porque... en fin, tu pobre hermana me lo pidió, y yo condescendí... aunque no fuí yo quien la tuvo en la pila del bautismo.

MARQ. Entonces, tu me ayudarás.

VAU. A qué?

MARQ. Cómo? A qué? A decidir á mi padre á que la vea.

VAU. No es cosa fácil. El duque queria matar á la madre, al padre y á la niña solo porque Luis Darcourt era plebeyo.

FRO. Luis Darcourt es el padre?

MARQ. Sí: le ha conocido usted?

FRO. Pues no le habia de conocer, si era hijo del hermano mayor de mi mujer?

VAU. Luego esa jóven es tambien sobrina de usted?

FRO. Es verdad, sí; y yo no habia caido en la cuenta.

MARQ. En ese caso, tiene otros parientes. Padre Luis, no decia usted que?...

LUIS. La pobrecita se halla muy delicada; vendrá muerta de cansancio, y está ahí fuera en la antesala, tiritando de frio.

MARQ. En la antesala! Una Rochefort tiritando de frio en la antesala! Bernardo, abre la puerta de par en par, y que entre; nosotros la abrigaremos en nuestros brazos.

ESCENA X.

Dichos, MARGARITA.

(*Al salir mira con inquietud á todos; el padre Luis le indica al marqués que la tiende sus brazos y se arroja en ellos.*)

MARG. Tio! Mi querido tio!

MARQ. Hija mia! Mi querida hija!

MARG. Deje usted que le dé gracias á sus piés.

MARQ. No, no: mas tarde á los de tu abuelo. Mi corazon te pertenece: el suyo es el que necesitas conquistar.

MARG. Y dónde... dónde está?

MARQ. Allí, pero ahora duerme: aunque no importa ven. Que al despertar te encuentre prosternada ante su lecho.

MARG. Mi madre me habia enseñado á amarle, como tambien á usted, tio del alma... Y sin embargo, ahora tengo miedo.

MARQ. No temas, no temas nada; es imposible resistir á ese dulce acento, á esa pura belleza. Sabes que te pareces toda á mi hermana, Margarita? En cuanto tu abuelo te vea, te abrirá los brazos como yo, como todo el mundo. Corramos, hija mia, corramos.

MARG. Corramos.

VAU. (*enjugándose las lágrimas.*) Estos pícaros legitimistas tienen algunas cosas buenas.

FRO. (*lo mismo.*) Quién hubiera dicho nunca que esta jóven es mi sobrina? No se parece nada á mí.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del 1.° con la diferencia de que á la derecha hay un piano. En la mesa y chimenea jarrones con flores. Un retrato que en el primer acto se hallaba colocado sobre la puerta de entrada, está ahora sobre la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA y BERNARDO, *Margarita mirando tristemente por la ventana, Bernardo sale con un paño y plumero.*

BER. Eso es. Siempre novedades! Ayer un piano, hoy flores en los jarrones! Se complacen en alterarlo todo para que yo rabie. Señorita, que vá usted á ponerse mala.

MARG. Por qué, querido Bernardo?

BER. El Doctor la ha prohibido que se fatigue, y está usted en pié delante de esa ventana.

MARG. Tranquilízate: ahora estoy ya fuerte, y de buena gana saldria á dar un paseo.

BER. Fuerte! fuerte! Pues en la cara no se conoce todavía, y en los quince dias que lleva usted en casa no se ha repuesto gran eosa. Esos pícaros ataques cerebrales suelen tener sus recaidas. (*se queda con el plumero en el aire frente á la chimenea.*) Qué es esto?

MARG. El qué?

BER. El retrato del Mariscal que estaba allí... (*señalando al fondo.*)

MARG. Sí; lo he hecho poner aquí, á la izquierda, donde tiene mejor luz.

BER. Otro cambio! (*gruñendo.*)

MARG. Te parece mal, Bernardo?

BER. No; pero limpiar al Mariscal á la izquierda, cuando uno le ha limpiado durante cuarenta años á la derecha! En fin, trataré de acostumbrarme. Ahora, si la señorita me lo permite, iré al correo á buscar el periódico del Señor Marqués.

MARG. Sí, sí, y no olvides pedir tambien el de mi padrino, y subírselo á su casa.

BER. Asi lo haré. (Otra novedad.)

MARG. Ah! (*con un grito de sorpresa.*)

BER. Decia usted algo?

MARG. (*con alegría.*) Marcelo aquí! Conoce á mi tio! (*con una tarjeta en la mano.*)

BER. Oh! Es una tarjeta ya antigua! La dejó un caballero que vino quince dias há.

MARG. Hace tanto tiempo?

BER. No tenia el honor de ser conocido del señor Marqués; se cansó de esperar, y se marchó entregándome esa tarjeta, que yo puse ahí, sin acordarme de dársela despues á su tio de usted.

MARG. Es muy particular que viniese entonces...

BER. Conoce usted á ese jóven?

MARG. Sí, es amigo de la familia con la cual he vivido, y siempre fué tan afectuoso conmigo! Y no ha vuelto?

BER. No, señorita: solamente me parece haberlo visto pasar ayer por la pradera que está al estremo del parque.

MARG. Muy bien; vé á buscar los periódicos.

ESCENA II.

MARGARITA, *sola.*

Por la pradera! (*corre á la ventana.*) No hay nadie! Qué idea! Porque pasó ayer, habia de?... Pero lo cierto es que está aquí. Yo, que esta mañana precisamente pensaba en él! Qué felicidad! Encontrarle cuando estoy rodeada de caras nuevas! Ha sido siempre tan amable conmigo! Me parece que me hallo todavía en París, que vá á venir, como cuando estaba yo triste y enferma! Y cómo no habrá vuelto? Dónde vivirá? Tal vez lo sabrá mi tio. Si me atreviese á preguntárselo! La tarjeta no pone las señas de la casa. (*vuelve á examiuarla.*)

ESCENA III.

MARGARITA *y el* MARQUÉS.

MARQ. (*viene de puntillas á sorprenderla.*) En que piensas, picarilla?

MARG. Ay! Tio! qué susto me ha dado usted!

MARQ. Eso no puede ser verdad. Yo no estoy tan viejo aun que asuste á nadie. (*Margarita le abraza.*) Vés como no te asustas?

MARG. Ha dormido usted bien?

MARQ. Psit! Voy perdiendo el sueño con los años. Y tú, por qué te levantas á las ocho de la mañana, en mitad del invierno? Cáspita! Y qué semblante sacas de la cama! Vaya! Pareces otra. Qué escelente color! Qué ojos tan animados! Qué tienes?

MARG. Nada, nada. Es sin duda que he trabajado un poco.

MARQ. En qué?

MARG. En mil cosas. He arreglado su despacho de usted, que estaba en un desórden espantoso: he hecho limpiar los libros, que tenian cuatro dedos de polvo...

MARQ. Tú solita?

MARG. Bernardo me ayudó.

MARQ. Y has conseguido que él arregle mi cuarto?

MARG. Sí señor.

MARQ. Pues no has alcanzado mal triunfo, porque Bernardo es tan rutinario, tan particular...

MARG. Pero le quiere á usted tanto...

MARQ. Pues por eso se lo paso todo. Figúrate que ha nacido en esta casa, y que desde la edad de catorce años nos sirve sin salario... lo cual me sale mucho mas caro. (*Margarita mira por la ventana.*) En qué piensas?

MARG. En lo que usted dice. Ya iremos reformando eso.

MARQ. No has reformado á estas horas poco; la casa parece otra; antes estaba triste, desierta, lóbrega, y con tu presencia...

MARG. Todo lo que he hecho ha sido descorrer las cortinas, y poner algunas flores en los jarrones.

MARQ. No, hija mia, no; no es el sol, no son las flores, lo que la han animado; es tu juventud, es tu belleza.

MARG. Es su bondad de usted, tio mio, la que lo hace todo. (*abrazándole.*)

MARQ. Cuando digo yo que en esos ojillos hay algo nuevo!

MARG. No, no. (*turbada, arregla las flores.*)

MARQ. Sí, sí. El que ha sido cocinero antes que fraile... Qué brillantez! Qué fuego! Qué viveza en tus miradas! (*sentándose.*) A decir verdad, prefiero verte asi, porque ayer te observaba, cuando tú creias estar sola, y me causaba inquietud tu profunda melancolía.

MARG. Una pobre convaleciente no puede estar muy alegre nunca, y además...

MARQ. No acabes, hija mia. (*la hace sentar á su lado.*) Te adivino. Es cierto. Has padecido tanto! Y tambien tu madre, no es así?

MARG. Eramos tan pobres!

MARQ. Sí, muy pobres. Ya hablaremos de esto otra vez... una sola vez. Qué hacíais para manteneros?

MARG. Cosíamos para las tiendas.

MARQ. Una Rochefort trabajar para comer, y espuesta á sufrir los sofiones de un tendero!

MARG. Sabian quiénes éramos, y nos respetaban.

MARQ. Ah! Conque os respetaban?

MARG. En todas partes, y siempre.

MARQ. Es claro! El prestigio del nombre! (*con orgullo.*)

MARG. Sí, el nombre de mi padre era tan honrado!... Bastaba solo conque mi madre dijese: «Soy la viuda de Darcourt...»

MARQ. Darcourt? Sin duda, si... (*desconcertado.*) No es ese nombre el que yo queria decir; pero tambien la nobleza, la ilustre cuna que se revelan á primera vista en una Rochefort! Estoy seguro de que el lenguaje de tu madre y sus maneras...

MARG. Ciertamente; ella hablaba á todo el mundo con tal dulzura...

MARQ. Cómo? Con dulzura?

MARG. Que ninguno podia resistir á sus ruegos.

MARQ. Sus ruegos? A una tendera!

MARG. Esa misma tendera fué la que me recogió huérfana, y la que me cuidó enferma.

MARQ. Seria una escelente mujer; pero...

MAR. Yo estaba moribunda, y ella no se separaba de mi lado ni de dia ni de noche.

MARQ. Lo repito; una escelente mujer.

MARG. Y Cuando el médico me declaró fuera de peligro, si hubiese usted visto qué alegría la suya, y la de sus amigos, que habian llegado á ser los mios; y sobre todo de... (*vuelve la cabeza hácia la ventana.*)

MARQ. Sobre todo de quién?

MARG. Sobre todo... de ella. (*conteniéndose.*)

MARQ. Será menester que les escribas, Margarita, dándoles las gracias en mi nombre como en el tuyo. Lo mejor será que les escriba yo mismo, preguntándoles lo que gastaron en tu enfermedad.

MARG. Oh! No haga usted tal, por Dios!

MARQ. Por qué?

MARG. Ellos tienen tambien su orgullo, y seria ofenderles. Ya les he escrito, tio, y mi bienhechora me ha respondido solamente: «Mi querida niña, no nos debe usted mas que una visita cuando venga á París, y supongo que la acompañará su tio, el cual se conoce que es un buen hombre.»
MARQ. Hola! Conque soy un buen hombre?
MARG. Queria decir...
MARQ. Sí, sí, comprendo. Yo soy un buen hombre, ella una buena mujer; y santas páscuas.
MARG. Los corazones son iguales, aunque las personas sean diferentes.
MARQ. Es verdad. (Mi sobrina es algo révolucionaria. Ya pondremos remedio.)
MARG. Ahí esta. (*desde la ventana.*)
MARQ. Quién?
MARG. Nadie, nadie. (*turbada. Sale Bernardo con el periódico en una bandeja, y otro cogido con la punta de los dedos.*)
BER. El señor Duque llama á la señorita.
MARG. Será para su desayuno. Voy corriendo. Si será él? (*se vá mirando á la ventana.*)
MARQ. Pero, señor, que tiene esta chica? Qué tiene, qué tiene?

ESCENA IV.

MARQUÉS, BERNARDO.

BER. Quiere V. E. el periódico?
MARQ. Sí; y ese otro ¿cuál es?
BER. El del doctor, que la señorita me ha mandado le suba á su cuarto.
MARQ. Será arsénico ó vitriolo. Llévalo con precaucion, y pregunta al ciudadano Leónidas cómo ha pasado la noche.
BER. Está muy bien. (*vase con el periódico.*)
MARQ. Mi sobrina es preciosa! Con una mujercita así debia haberme casado en mis buenos tiempos. Ahora ya es tarde. Aunque á la verdad, yo estoy todavía fuerte y robusto, y quizás... Quién anda ahí? (*sentándose en la chimenea.*)

ESCENA V.

EL MARQUES, ROSALÍA.

ROS. Soy yo. (*desde la puerta.*)
MARQ. Adelante, prima.
ROS. Chit!! Hablemos bajo. (*cerrando la puerta.*)
MARQ. Qué ocurre? Ese tono, esas gafas torcidas... (*ojeando el periódico.*)
ROS. Motivo hay para todo, primo. No nos oirá nadie?
MARQ. Estamos enteramente solos.
ROS. Sí, pero desde allí... (*señalando la derecha.*)
MARQ. Te advierto, primita, que en mi casa, no hay costumbre de escuchar desde las puertas.
ROS. A menudo y sin intencion está uno detrás de una puerta, y oye todo á su pesar. A mí me ha sucedido mas de veinte veces.
MARQ. Tranquilízate, nadie tendrá ahora esas distracciones. Qué hay? Ha hecho de las suyas alguna de esas *Traviatas* que te dedicas á convertir?
ROS. No se trata de ellas, sino de otra que no se les parece en nada... en nada mas que en los ojos, por que eso sí, aquellos ojitos indican un alma de fuego. Y vaya si yo quiero á la pobre Margarita! Es un ángel de bondad, y de mansedumbre. Pues ¿y su candor y su inocencia? Es verdad que con frecuencia vemos que las mas candorosas é inocentes...
MARQ. Sepamos. De qué acusas á Margarita?
ROS. Santos de la Corte celestial! Acusarla yo? Por el contrario lo que yo hago es defenderla. La infeliz no tiene la culpa; se conoce que está en la masa de su sangre. La madre se escapó de la casa paterna con un hombre, y la hija...
MARQ. (*furioso.*) Con mil pares de demonios!... Sabes lo que dices, Rosalía?
ROS. No te enfades, primo: digo lo que he visto, y nada mas.
MARQ. Y qué has visto?
ROS. He visto, como te veo á tí, desde mi ventana, donde anoche estaba por rara casualidad, á un jóven muy buen mozo á fé mia... Todos esos malditos son generalmente buenos mozos... rondar el Parque, contemplando la ventana de Margarita. Y luego esta mañana ha tenido la desvergüenza de atravesar la pradera, mirando siempre hácia acá.
MARQ. Y es eso todo? Bah! Seria algun forastero curioso, á quien le llamaria la atencion el jardin.
ROS. Y el tiempo estaba á propósito para curiosear. Con un frio de diez grados bajo cero! Pues tu sobrina es curiosilla tambien, porque aun no hace diez minutos la he visto levantar la cortina de esa ventana, precisamente cuando pasaba el susodicho jóven.
MARQ. De esta ventana?
ROS. Mira, mira; todavía está levantada!
MARQ. Sí, su animacion de antes... su color arrebatado... aquellas distracciones, que me sorprendian... Estás segura de que el desconocido estaba en la pradera?
ROS. Segurísima. Oh! Yo soy como los perros de caza. Huelo á los pícaros hombres, aunque se hallen siete estados debajo de tierra. Puede que aun esté allí. (*se acerca á la ventana.*)
MARQ. Dónde?
ROS. Allá abajo. Mírale, mírale!
MARQ. En efecto, es un jóven.
ROS. Y respondo de que no es del pueblo. Conozco bien á todos. Y no dán poco que hacer á la sociedad!
MARQ. (*tomando un anteojo de teatro.*) Anda con precaucion sobre las piedras de la pared que se hundió el otro dia...
ROS. Y cómo procura que no le veamos, el bandido!
MARQ. Ahora se sienta.
ROS. Pero siempre está en acecho, siempre mira hácia aquí. Si me tomará á mí por Margarita!! (*retrocediendo indignada.*)
MARQ. (*furioso.*) Si fuese cierto... No es posible! Será un viajero impertinente, y nada mas. Ella le habrá mirado por casualidad...
ROS. Por casualidad! De esas casualidades nacen otras, y las consecuencias acabamos por tocarlas nosotras las señoras de la sociedad maternal.
MARQ. Eso se queda para las muchachas del pueblo; pero una persona de nuestra familia!
ROS. La propia respuesta, palabra por palabra, me diste cuando hace veinticuatro años te dije lo mismo que hoy. Hay un jóven que pasa frecuentemente por la pradera, y tu hermana le vé pasar desde el balcon.
MARQ. Ya; pero entonces...
ROS. Entonces tampoco me quisiste creer, y sucedió una catástrofe.
MARQ. Yo lo averiguaré.
ROS. Pobre ángel mio! (*deteniéndole.*) No la riñas, por Dios!
MARQ. Sí, no la preguntaré nada. Para qué darla

á conocer un peligro que ella no sospecha quizás? Si el mal existe, no es todavía muy grande, y lo que es ahora, lo juro, me adelantaré á él. (*llama y sale Bernardo.*) Dí al doctor y á Fromentel que bajen, que bajen corriendo.

BER. Pero, señor... (*aturdido.*)

MARQ. Vuela. (*vase Bernardo.*) Trata de averiguar quién es ese hombre, Rosalía.

ROS. Sí, sí, lo averiguaré todo; su nombre, su edad, su casa, su familia, á dónde vá, de dónde viene, qué hace... Voy á ver á nuestra presidenta, á nuestra secretaria, á nuestra cajera, y dentro de diez minutos estaremos al corriente.

MARQ. No les digas una palabra del motivo...

ROS. Yo descubrirles un secreto? Yo que soy la reserva misma? Me dejaria descuartizar antes de abrir la boca para...

MARQ. Corre; no te detengas. (*vuelve á la ventana.*)

ROS. (*levantando las manos al cielo.*) Pobre hija mia! Cuando pienso que probablemente ya es tarde! (*vase.*)

ESCENA VI.

El MARQUÉS, *mirando con el anteojo.*

Siempre allí, sentado en las piedras! Aquel árbol le oculta á mis ojos; no veo mas que su sombrero. Hay estrañas fatalidades! Rosalía tiene razon. En el propio sitio ví por primera vez al seductor de mi hermana. Y la hija imitará á la madre? Ahora distingo su cara bien. Es buen mozo en efecto! Quién será este pájaro? Acaso un caballero? No, un caballero no se esconde nunca. Algun perdido que habrá descubierto á la heredera. Mira hácia aquí. Sí, sí. Ven á robarnos nuestra hija. Ven, ven, y quedarás escarmentado!

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, VAUBERT *y* FROMENTEL.

VAU. Qué sucede? Ha resucitado Enrique IV?

FRO. (*en bata.*) Ese animal de Bernardo me ha despertado cuando dormia profundamente... en unos tiempos en que ya no se duerme.

MARQ. Vengan ustedes; vengan ustedes aquí. (*los coloca en la ventana.*)

VAU. Qué hay?

MARQ. No ves allí á un hombre sentado en las piedras?

VAU. Sí.

FRO. Yo no veo nada. (*toma el anteojo.*)

VAU. Pues es idea sentarse allí con este frio!

FRO. Ah! Sí. Ya le veo. Es una lugareña.

VAU. Lo mismo ven los retrógados todas las cosas; al revés. Y nos has llamado solo para que contemplemos á ese señorito?

MARQ. Se levanta, y baja la cabeza como si hiciese señas á alguno, no es verdad?

VAU. Señas? No. Lo que hace es escribir.

MARQ. De veras?

VAU. Tiene una cartera en la mano.

FRO. Qué ojos los mios! Por mas que subo y bajo...

MARQ. Escribe? Es natural. Pues bien ¿saben ustedes á quien escribe?

VAU. A quién?

MARQ. A Margarita.

VAU. Ese jóven?

FRO. A mi sobrina?

MARQ. Pueden ustedes imaginarse lo que la dirá, sabiendo que ese barbilindo ronda la casa dos dias ha, y que la niña no es insensible á sus galanteos.

VAU. Diablo! (*Examina con mas atencion.*)

FRO. Una Fromentel recibir cartas! No es posible!

MARQ. Cuando una Rochefort las recibe...

FRO. Yo no respondo de las Rochefort.

MARQ. Señor Fromentel!

VAU. Vamos, vamos, no riñan ustedes. Que aquí no se ha de poder vivir en paz!!... Dime, Larroche, tienes alguna prueba?

MARQ. La he sorprendido en esa ventana esperando á que pasase.

VAU. Pícaras mujeres! (*tomando un polvo.*)

FRO. Señor, á dónde vamos á parar con estas ideas modernas!! Una muchacha que acaba de llegar aquí!

VAU. Cómo si siempre no hubiera sido lo mismo! Cómo si tuviese algo de estraño y de nuevo que las jóvenes se enamoren!

MARQ. Pero en fin, les parece á ustedes mejor que á mí, á tí que eres su padrino, á usted que es... su tio... (*con repugnancia.*) sí, su tio... político, que aceptemos el novio, y que casemos á Margarita?

VAU. Casarla?

FRO. Con él?

MARQ. Con un intruso, con un enemigo que nos la quitará, que nos la arrancará, dejándonos de nuevo solos como todas las noches, enfrente de nosotros mismos?

VAU. A Dios, música despues de comer!

FRO. Se acabó quien nos haga el cuarto en la partida!

VAU. Prescindamos de nuestro interés; pero, y el suyo? Que se case dentro de algunos años...

MARQ. Dentro de muchos años...

FRO. Con una persona de la familia; con mi chico, por ejemplo... (*El marqués hace un movimiento.*)

VAU. Pero hoy, á los diez y seis años, seria una locura. Además, su salud no lo permite tampoco.

MARQ. Sí, su salud!

FRO. Es claro, su salud...

VAU. Y ahora que se halla apenas convaleciente.... Véanse sino aquellas manos ardorosas, aquella palidez, aquel estado febril constante, síntomas seguros de gran pobreza de sangre.

FRO. Psih! La sangre noble...

MARQ. Eh? (*con orgullo.*)

FRO. Digo que debe ser la sangre noble, porque en cuanto á los Fromentel...

MARQ. Supongo que no tendrá usted la pretension de que su sangre sea mejor que la nuestra...

FRO. Yo no digo...

MARQ. Apostamos á que todavía fueron los Fromentel los que se rebajaron enlazándose á los Rochefort?

FRO. Desde el punto de vista de la robustez, y como cruzamiento de raza...

MARQ. No me faltaba mas que oir! Aun me va á echar en cara que nuestra nobleza solo se remonta al tiempo de las cruzadas!

VAU. Ya estaba yo esperando lo de las cruzadas, y me sorprendia mucho que no se hubiese hablado de ellas. Pero con mil diablos, todos estuvimos en las Cruzadas, porque si habia gefes, tambien hubo soldados.

MARQ. Soldados! (*con desprecio.*)

FRO. (*con énfasis.*) Soldados, sí. Nosotros fuimos á las Cruzadas!

MARQ. (*con desprecio.*) Un ejército de perdidos, del

que los generales deseaban salir pronto!
VAU. Perdidos?
FRO. Pero señor, á dónde vamos, á dónde vamos? Ya estamos en Palestina!
VAU. En fin, para resumir, digo que la salud de Margarita la prohibe amar á nadie.
FRO. Á nadie? Poco á poco. Y Urbano? Yo creo....
(*El marqués le vuelve la espalda.*)
VAU. Qué?
FRO. Qué...
VAU. Déjenos usted en paz, hombre. (*le vuelve la espalda.*)
FRO. Yo...
VAU. Despachemos.
FRO. Pero déjeme usted hablar.
VAU. (*irritado.*) Hable usted, hable. Qué es lo que quiere usted decir?
FRO. Que eso me parece una tiranía.
VAU. Por qué?
FRO. Porque la libertad...
VAU. Si pretenderá usted ser mas liberal que yo, que me he sacrificado por mi patria?
FRO. Sostengo...
VAU. Usted no tiene derecho á sostener nada. Le prohibo á usted que sostenga...
FRO. Sin embargo...
VAU. Opondrá usted que Margarita es ciudadana antes que mujer. Pues á la sociedad, á usted y á mí sobre todo, nos toca juzgar lo que la conviene!
FRO. Otra disputa! (*llevándose á la cabeza las manos.*)
VAU. Oponernos á su eleccion, en nombre de esa libertad que quiere perder...
FRO. Adónde vamos á parar?
VAU. Y que yo la reservo para mas tarde.
FRO. Sí...
VAU. Hombre, déjeme usted hablar.
FRO. Conque usted no permite á ninguno meter baza?
MARQ. Convengamos todos en que ese caballero no nos acomoda.
VAU. Sí.
FRO. Eso es.
MARQ. Que impediremos que le ame, y que no le amará, aunque sea preciso hacer uso de nuestra autoridad.
FRO. O del engaño.
VAU. O de los medios revolucionarios.
MARQ. Me ayudarán ustedes?
VAU. Lo prometo.
FRO. Lo juro. (*Se dan la mano.*)
MARQ. Gracias á Dios! Por primera vez nos hallamos conformes en alguna cosa los tres!

ESCENA VIII.

Dichos y ROSALÍA.

ROS. (*Muy sofocada.*) Aquí estoy, aquí estoy. (*á Fromentel.*) He encontrado á su hijo de usted en la calle, y le he dicho que averigue...
MARQ. A Urbano?
ROS. No temas, sin expresarle el motivo. Ignoro lo que él sabe, pero yo lo sé todo.
MARQ. Entonces, era inútil la intervencion de ese chico. Cuéntanos ahora...
ROS. La presidenta habia salido; pero fuí corriendo á ver á la secretaria, que se puso en un santiamen el sombrero y me acompañó á casa de la tesorera, donde encontramos á la mujer del síndico y á sus tres hijas...
MARQ. Bravo! Ya lo sabe toda la ciudad!
ROS. No, no saldrá de nosotras. Allí descubrí cuanto queria saber acerca del barbilindo.
LOS TRES. Ah! (*con atencion.*)
ROS. Es un pelafustan. Pertenece á una familia de Rennes, y no tiene sobre qué caerse muerto. Padece de la espina dorsal, y ha venido á Quimperlé á esperar á la mujer de un relojero de París, con quien tiene relaciones. Todos los dias vá al correo. No le restan ni dos meses de vida. Se llama Bonivart; pero es un nombre supuesto: gasta mucho, y no paga; y la dueña de la fonda donde vive está decidida á ponerle en la calle el dia que llegue su Princesa. Qué tal, eh?
VAU. Famoso personaje!
MARQ. Pues no ofrece gran peligro!
FRO. Y Urbano?

ESCENA IX.

Dichos y URBANO.

URB. Presente. Ya sé quién es. (*muy sofocado.*)
ROS. A buena hora.
URB. Pero siempre podré dar ciertos detalles que...
MARQ. Es claro; dí lo que sepas.
URB. Y de buena tinta que lo sé. Vengo del Café del Comercio, donde el perillan toma café todas las tardes. Es un comisionista, alto, gordo, rubio: viene de Auxerre, y va á Inglaterra á buscar á su mujer, que es modista. No es eso?
ROS. No, no, no es eso.
URB. Como no, si me lo ha dicho Dupontel, que está empleado en el Ayuntamiento? El tal tiene ocho hijos; al mayor le ha puesto en un colegio de aquí; su mujer fué doncella, y él se llama Martin.
ROS. Será Martin Bonivart.
URB. No, Martin solo.
ROS. Bonivart!
URB. Martin!
ROS. Entonces no es el mismo. Qué nos viene usted contando ahí?
URB. El de usted si que no es el mismo.
ROS. La tesorera nopuede haberse equivocado!
URB. Cuentos de viejas!
ROS. A quién llama usted vieja?
URB. A usted!
MARQ. Vamos, vamos.
FRO. Calla, insolente!
VAU. Haznos el favor de volverte al café.
MARQ. Donde lo pasarás mejor que aquí.
FRO. Anda, lárgate.
URB. Me despiden ustedes?
VAU. No; te echamos á la calle.
URB. Para que yo me vuelva á incomodar en traer noticias exactas!
VAU. Vete pronto.
URB. Cosas de provincia; todo chismes.
FRO. Te marcharás, ó no, tunante?
URB. En el siglo XIX! (*se vá.*)

ESCENA X.

Dichos, menos URBANO.

MARQ. Está visto que no sabremos nada, ni siquiera su nombre; y lo mejor será preguntárselo á él mismo.
VAU. Dónde?
MARQ. Aquí.
VAU. Vas á hacer que venga á tu casa?
MARQ. A los enemigos hay que verlos de frente; por

otra parte, no es el mejor medio recibir á ese señorito, fingir ignorarlo todo, y hacerle medir la distancia que nos separa? Al buen entendedor, etc. Está todavía en el mismo sitio?

Fro. No le veo. (*con el anteojo.*)

Vau. No. Ahora atraviesa la pradera, sin duda para marcharse.

Marq. Se vá?

Ros. Sí, pero no podrá salir de allí.

Vau. Por qué?

Ros. Porque esta mañana atravesó el foso por encima del hielo, que estaba muy duro; pero como hace dos horas que le dá el sol, si quiere tomar un baño no tiene mas que seguir el mismo camino.

Marq. Perfectamente; habiéndole cortado la retirada por ahí, se verá en la necesidad de volver al Parque.

Ros. Y una vez en él, saldrá por la verja.

Vau. Debo tener mi llave encima. Voy á cerrar antes de que salga. (*buscando en los bolsillos.*)

Marq. Entonces se dirigirá á alguno de la casa, y ese alguno seré yo. (*mira al reloj.*) Tenemos diez minutos; voy volando á ponerme una levita. Corre, Leónidas, corre á las Termópilas. (*se vá.*)

Fro. Voy entre tanto á desayunarme. (*echa á correr.*)

Ros. Y yo á ponerme junto al arroyo para gozarme en su confusion. (*á Vaubert.*)

Vau. Pero que no la vea á usted, porque en ese caso se escaparia. (*se va.*)

Ros. Mónstruo del averno! Voy allá. (*se va.*)

ESCENA XI.

Urbano, *solo.*

Habrá canalla! Arrojarme de aquí! Y el señor marqués, que tono tan impertinente el suyo! «En el café lo pasarás mejor.» Ya lo creo que lo paso mejor. Pero allí no podria saber lo que traman. Desde detrás de la puerta oí á la vieja que decia: (*imitándola.*) «No podrá salir.» Por las señas todo va contra el desconocido. Si yo pudiese, para vengarme del señor Marqués... (*Atraviesa la escena para marcharse por donde ha salido, y ve á Marcelo en el jardin.*) Calle! Es el jóven en cuestion. Caballero, quiere usted salir? Pues suba usted esos tres escalones á la derecha; voy á enseñarle á usted el camino. (*muy contento.*) Ah! si me viese el Marqués! (*abre la puerta de la izquierda y se oye ruido en la derecha.*) Alguien viene. El es. Escapemos. (*se vá.*)

ESCENA XII.

Marcelo *con un album en la mano.*

Es por aquí? (*sorprendido de no ver á nadie, llama á Urbano desde el frente.*) Eh! jóven! jóven! Es original! Me llama, acudo, y echa á correr; sin embargo, necesito salir! (*mirando su reloj.*) Las diez ya! Vaya si ha sido inoportuno el tal deshielo! (*Margarita atraviesa por delante de la ventana sin verle.*)

ESCENA XIII.

Marcelo, Margarita.

Mar. He concluido mi trabajo, están hechos los planos, y nada me detiene en este país. (*Al marcharse ve á Margarita que vuelve de la ventana.*)

Marg. Ah! Es usted?

Mar. Margarita aquí? Qué feliz encuentro! Cuánto celebro ver á usted!

Marg. Gracias á Dios! Poco há, mirándole á usted desde lejos, me decia yo á mí misma: «Por qué no vendrá? Por qué se estará sentado allí?»

Mar. Pues qué, me habia usted visto?

Marg. Ya lo creo. Hágase usted de nuevas ahora! Tambien usted me vió.

Mar. No, no.

Marg. Y por qué contestó usted entonces á mi saludo?

Mar. Se ha equivocado usted, hija mia; pero qué importa?

Marg. Conque se ha hecho usted tímido con sus amigas?

Mar. Cómo tímido?

Marg. Por qué no vino usted á casa desde luego, y le hubiera presentado á mi tio el marqués?

Mar. El marqués de Rochefort es tio de usted?

Marg. Hermano de mi pobrecita madre; tambien tengo abuelo.

Mar. El señor Duque?

Marg. Comprendo que debe sorprenderle á usted que me ha conocido... Es toda una historia, y ya se la contaré á usted.

Mar. De modo que está usted aquí?...

Marg. En familia, hace quince dias. Si viese usted qué escelentes son todos para mí!

Mar. No lo han de ser? Qué noticia tan feliz! Lo celebro en el alma, por usted, Margarita, que merecia tanto!...

Marg. No se lo contaron á usted en París?

Mar. No, vengo de Brest, y...

Marg. Pero usted sabia que yo estaba aquí, porque dió dos veces la vuelta á la casa para saludarme.

Mar. Yo?

Marg. Sí, ayer, y hoy por la mañana.

Mar. En efecto; ayer y hoy por la mañana he andado alrededor de esta casa, aunque... (No podrá persuadirse de que no era por ella!)

Marg. Si, sí, está usted turbado porque se reconoce culpable.

Mar. Pues bien, lo confieso, hice mal, y otra vez, hija mia... Permítame usted que la dé todavía este nombre cariñoso, que trae á mi memoria nuestras conversaciones del otoño pasado. Se acuerda usted de aquellas veladas junto á la chimenea?

Marg. Que si me acuerdo!

Mar. Me parece que la estoy viendo á usted reclinada en su butaca, tan pálida, tan débil!

Marg. Como que estaba muy enferma y muy triste; y usted era quien me animaba.

Mar. Empieza usted á recobrar el color, y con la salud volverá la alegría.

Marg. Aún no me siento muy fuerte.

Mar. Sí, sí; qué diferencia de entonces!

Marg. Pero sentémonos y charlemos un poco. (*Marcelo mira su reloj.*) Primero de usted. Pasaba usted por esta ciudad?

Mar. Sí; vuelvo á París. (*sentándose.*)

Marg. Y se ha detenido usted para verme?

Mar. Para?... Sí; para verla á usted. (No hay quien se lo quite de la cabeza!) Sí; cuando supe que estaba usted aquí...

Marg. Hola! Conque lo sabia usted, y antes lo negaba?

Mar. Lo sabia... vagamente.

Marg. Que mentiroso se ha hecho usted! Y todo por disculparse de no haber venido antes! Luego, le han hablado á usted de mí?

MAR. Ciertamente.
MARG. Quién?
MAR. (No le deja á uno respirar.) Un amigo.
MARG. Del país?
MAR. Sí; del país.
MARG. El padre Luis quizás?
MAR. Justo. El padre Luis. (Me he salvado. Bendito sea el padre Luis!)
MARG. El fué quien se interesó con mi tio...
MAR. Hace quince dias, no es verdad?
MARG. Sí.
MAR. (Entonces, aquella jóven...)
MARG. Sí.
MAR. Con quien queria...
MARG. Sí, sí.
MAR. Hacerme casar!... Que locura! (Una persona ilustre!) Yo vine á esta casa con el padre Luis.
MARG. La noche de mi llegada.
MAR. La noche misma.
MARG. Y no me esperó usted? (*levantándose.*)
MAR. Yo... si.... (*conmovido, poniendo sobre la mesa el sombrero y el album.*) No comprendo cómo no aguardé...
MARG. No quiero darle á usted mas quejas, porque acabaria por aborrecerme.
MAR. Oh! En cuanto á eso...
MARG. Ahora voy á presentarle á usted á mi tio, que tendrá sumo gusto en conocerle.
MAR. (*deteniéndola.*) Presentarme? No, no; será otro dia.
MARG. Por qué? Pues, no queria usted verle?
MAR. Sí, pero he pensado que lo que voy á decirle.... En fin, otro dia...
MARG. Vamos, aprensiones, y para que pueda usted volver á verme, es menester que le conozca mi tio. Bernardo! (*llamando.*)
MAR. (Es imposible resistir mas.)
MARG. No se marche usted, ó creeré que no quiere ser amigo mio.
MAR. Qué dice usted? (Lo que no quiero es ver al Marqués; me preguntaria qué he venido á hacer en su casa, y yo no tengo derecho para... Todavía es un secreto.) (*señalando el album.*) Mañana, Margarita, mañana.
MARG. No, no, hoy. Aquí está mi tio.

ESCENA XIV.

Dichos, el MARQUES, VAUBERT *y* FROMENTEL.

(*Cada uno en su puerta; el Marqués por el fondo; Vaubert, izquierda; Fromentel, derecha.*)

MARQ. (Juntos!)
MAR. Qué es esto?
MARG. Tio, permítame usted que le presente...
MARQ. Margarita, tu abuelo te llama.
MARG. Pero...
MARQ. Vé corriendo, hija mia.
MARG. Dios mio! Habré hecho algo malo? (*mirando á los tres y vase.*)

ESCENA XV.

Dichos, menos MARGARITA.

MAR. (Qué significa?...) Señor Marqués, precisado á presentarme yo mismo...
MARQ. Asi sabré quién es la persona que tengo el gusto de ver en mi casa.
MAR. A no ser por la insistencia de su sobrina de usted, le hubiera evitado la inoportunidad de esta visita.
MARQ. (*sentándose é invitándole.*) Pues yo agradezco á Margarita que le haya detenido á usted, pues de ese modo sabré el nombre que ella iba á revelárme, y que es sin duda...
MAR. Muy oscuro, muy humilde. Me llamo Marcelo Cavalier.
MARQ. Marcelo Cavalier! Perfectamente. (Bribon!) Cavalier! Me parece que no me es desconocido.
MAR. Es posible, porque mi visabuelo sirvió en su casa de usted. Seguramente debió usted conocer en sus juventudes á mi abuelo.
MARQ. Ah! Era Pedro Cavalier, nuestro mayordomo?
MAR. Sí señor.
MARQ. Felicísimo encuentro! Conque es usted el nieto de aquel buen hombre?
MAR. Buen hombre, en efecto, Señor Marqués, porque en mil setecientos noventa y tres salvó con peligro de su vida al Duque, su padre de usted, á quien acababan de encarcelar.
MARQ. Eso iba á decir; era un buen servidor.
VAU. Caballero, desciende usted por ventura de Juan Cavalier, el que mandaba los rebeldes de las Cevenas?
MARQ. Oh! No. (*levantándose.*) Cavalier no era siquiera un nombre, sino un apodo, para distinguirle de otro criado de la casa. No es verdad?
MAR. Lo es; pero mi padre trasformó gloriosamente el epiteto en nombre legítimo el dia en que á la cabeza de un centenar de voluntarios mal montados, y peor armados, conquistó su primer grado en el campo de batalla.
VAU. Con que su padre de usted fue voluntario de 1792?
MAR. Llegando á ser capitan en Fleurus.
VAU. Bravo!
MAR. Y coronel en Wagram.
VAU. Ah! En tiempo del Imperio?
MARQ. Y entonces, cómo teniendo recuerdos tan gloriosos no se ha hecho usted soldado?
MAR. Cada época tiene sus deberes. Pero perdone usted; mi visita se prolonga, y temo...
MARQ. No nos prive usted de una conversacion que me interesa mucho; y díganos, al menos, con qué funciones ennoblece un nombre tan digno de consideracion.
MAR. Soy ingeniero.
MARQ. Ingeniero civil? Muy bien. (Y se atreve á hacer la corte á mi sobrina!)
FRO. Es usted quien dirigió nuestro puente nuevo?
MAR. No señor.
FRO. Porque en ese caso, no le felicitaria á usted por su obra. Si en mis tiempos se hubiese edificado así...
MARQ. Veo, Señor Cavalier, que ha sabido usted elegir la carrera de la época. Vive Dios que nadie les acusará á ustedes de que no saben remover piedras! Sobre todo, se distinguen ustedes como demoledores. Pif, paf! Castillos, Palacios, Iglesias, todo va al suelo. En nombre de la civilizacion y del progreso, destruyen ustedes lo antiguo, y no crean nada que sea bueno ni bello.
MAR. Sr. Marqués, es usted injusto, ó encerrado en este pequeño pueblo ignora todas las maravillas que han realizado ese progreso, esa civilizacion que maldice usted y condena. Si abatimos los viejos templos del paganismo, levantamos en su lugar suntuosas Basílicas al Omnipotente. Si echamos

por tierra el castillo feudal con su horrible enseña de la horca y del cuchillo, lo reemplazamos con Hospitales y asilos piadosos para los pobres y para los enfermos; si demolemos, en fin, los Palacios abandonados de los magnates, es para edificar fábricas y talleres, donde el desvalido y el menesteroso ganan, noble y honradamente, el pan de cada dia.

VAU. Bravo, jóven! bravísimo!

FRO. (Puf! Es un demócrata!)

MARQ. Y se atreverá usted á defender tambien con el espíritu de este siglo positivo y materialista las costumbres que son su consecuencia?

MAR. En vicios y en tonterías todos los siglos se parecen. Habia ayer mas virtudes que hoy? Hay hoy menos moralidad que ayer? Si comparamos el siglo diez y ocho con el de la electricidad y del vapor, cuál cree usted que saldrá ganancioso? Hoy, si quiera, con menos honor que antes, tenemos sin duda mucha más probidad; con menos moral, mejores costumbres; y en definitiva, con menos hipocresía, mil veces mas religion, y mas caridad.

MARQ. Pero seguramente que ningun caballero de mis tiempos se hubiese permitido escalar la tapia de una casa, para introducirse en ella con un objeto sospechoso, puesto que no le conocemos aun.

MAR. Era á ese punto á dónde queria usted venir á parar? Mas generoso habria sido proporcionarme lealmente, desde el principio, la ocasion de justificarme.

MARQ. Pues bien, sepamos al fin por qué ronda usted hace dos dias los alrededores de mi casa.

MAR. Confieso que quizás soy culpable por haber penetrado...

MARQ. Algo mas que culpable, Señor mio, es el hombre que persigue con sus miradas á una jóven, y que poco ha la escribia...

MAR. Yo? Yo? Está usted en un deplorable error, Sr. Marqués. Lo que yo hago desde ayer, lo que antes escribia, no tiene relacion alguna con su sobrina de usted, á la cual estimo y respeto infinito.

MARQ. Usted no apartaba los ojos de este lado.

MAR. Es cierto.

MARQ. Usted escribia.

MAR. No; dibujaba croquis, planos, una vista á vuelo de pájaro del Parque, de la casa de usted. He aquí todo mi crímen.

MARQ. (*Mira el album y se queda estupefacto.*) Y con qué fin hacia usted eso? Podré saberlo?

MAR. Para completar el estudio que estoy haciendo un mes há, por órden de la compañía de que soy ingeniero.

MARQ. Un estudio! De algun camino?

MAR. De un ramal del ferro-carril de Nantes, que llevaremos á Quimper por Vannes y Quimperlé.

LOS TRES. Por Quimperlé?

MAR. (*abriendo el Album.*) Este es el trazado, que he concluido, y que divide su casa de usted Sr. Marqués, precisamente por la mitad.

MARQ. Mi casa! Mi casa! (*cogiendo el album cae en un sillon.*)

VAR. Un camino de hierro aquí! Viva el progreso!

FRO. En nuestra misma casa! Qué arbitrariedad!

MAR. Es la línea recta.

MARQ. Sí, sí, miren ustedes; la línea negra vá y viene; sube, y baja, serpentea, destruye, aniquila todo. Mi jardin, cortado. Mi Parque, mis pobres árboles, cortados. Mi casa, esta querida casa que tres generaciones se complacieron en agrandar y embellecer, cortada, arruinada, demolida! (*levántándose con cólera.*) Nada, no nos dejarán nada. Huyo de París; vengo á encerrarme en un desierto, lejos de ese mundo nuevo que odio, y aquí siquiera me juzgo libre de su persecucion infernal; pero no, no Señor; dejarnos el derecho de vivir á nuestro gusto! No faltaba mas. Es preciso que el progreso, el maldecido progreso, estienda sus brazos hasta aquí; que nos torture con sus ruedas de acero, y que pase adelante, aunque nos destroce el corazon!

VAU. Vamos, vamos; sosiégate.

MARQ. Y para qué? Para hacer un camino de hierro, invencion de Satanás, que turbará nuestra tranquilidad y nuestro reposo; que nos traerá el hálito envenenado de la corrupcion y de la inmoralidad de las grandes ciudades; qué nos privará hasta de uno de nuestros pocos placeres; el de viajar en nuestros coches, en las diligencias, con toda comodidad...

MAR. No ha viajado usted nunca en ferro-carril?

MARQ. Ni viajaré jamás, jamás, lo oye usted? Pero aun no es asunto concluido, y juro por el santo nombre de Dios, que defenderé palmo á palmo mi último asilo; y antes de dar al viento las cenizas de mi hogar, hollareis con vuestro impio pie las de su Señor! (*cae en el sillon.*)

VAU. Laroche! Qué diantre! Ten ánimo!

FRO. (*examinando el croquis.*) La cosa puede tener remedio todavía. Es fácil modificar el trazado. Este caballero lo hará con mucho gusto. Qué le importa que la línea baje un poco mas á la derecha, ó á la izquierda! Diríjala usted hácia las tierras del alcalde, dónde cultiva remolachas. Y ya conoce usted que esta legumbre no tiene la importancia de una casa.

MAR. Ciertamente.

FRO. Además, nosotros no somos ingratos, y...

MAR. Señor Fromentel, si hubiese podido olvidar un instante mi deber, una frase semejante habria sido suficiente para recordarme que está trazado en esa línea negra, y que mi conciencia no me permite salir de ella. Pregúnteselo usted al Sr. Marqués, que es voto en punto á nobleza y honradez.

MARQ. Tiene usted razon; y le ruego me perdone que haya podido dudar por breves momentos de su lealtad. Asi no es con usted con quien he de tratar este asunto, y me marcho...

VAU. A dónde?

MARQ. A París.

FRO. A Paris?

VAU. Quieres?...

MARQ. (*conmovido.*) Todo esto se necesitaba para hacerme olvidar un juramento de treinta años! Asi veré una vez frente á frente su civilizacion, y me pondré al tanto de su progreso. Gracias á Dios, solo es un proyecto todavía. Tengo amigos, parientes influyentes; averiguaré, trabajaré, y vive Dios, intrigaré tambien como ellos.—Vá usted á París, joven?

MAR. No, señor marqués; deseo sinceramente que logre usted modificar mis instrucciones, y si me lo permite, tendré el honor de verle á su regreso.

MARQ. Gracias. A Dios, Fromentel, á Dios, Leonidas.

VAU. (*deteniéndole.*) Laroche! sé razonable; tranquilízate, y ten juicio. Si tu Rey te pidiese la casa, se la darias?

MARQ. A él? Sin vacilar!

VAU. Pues bien, el país es el que te la pide; dásela pues, y viva la Nacion!

MARQ. No es lo mismo, amigo mio; no es lo mismo.
VAU. Pero viejo terco...
MARQ. No busques camorra, porque no tengo fuerzas para responderte.
VAU. Entonces, buen viaje, buen viaje. (*dándole la mano.*)
MARQ. No puedo separarme de ella por tres dias sin que se me salten las lágrimas, y quieren quitármela para siempre! Pero lo veremos. Verdugos! Verdugos! (*se va.*)
FRO. (*á Marcelo.*) No podia usted seguir la línea del arroyuelo?
MAR. Y caer en el fango, no es verdad? No me conoce usted, y por eso le perdono. (*se vá y Fromentel detrás del Marqués.*)
VAU. Este, al menos, es todo un hombre de bien!

ESCENA XVI.

VAUBERT, MARGARITA y ROSALIA.

MARG. Padrino!
VAU. Qué quieres, hija mia?
MARG. Qué ha pasado?
VAU. Nada.
MARG. Pero á dónde vá mi tio?
VAU. A París.
ROS. Santo cielo! A París! (*escandalizada.*)
MARG. Ah! Y él?
VAU. Cavalier tambien se larga.
MARG. Y no volverá mas?
ROS. Para que ha de volver?
VAU. Y á tí, que te importa?
MARG. Luego es verdad lo que acaba de decirme Rosalia?
ROS. Lo oí desde aquella puerta... por casualidad.
VAU. Por casualidad! (Bruja.)
MARG. Con que le arrojan de aquí por mi causa?
VAU. Es usted una vieja habladora!
ROS. Y usted un groserote!
VAU. Furia!
ROS. Asesino! Rojo!
MARG. Dios mio! No tornar á verle! Ah! Y me moriré, padrino, me moriré! (*se arroja en sus brazos.*)
VAU. Margarita! Margarita! Ah! Estamos frescos! Se ha enamorado de él!
ROS. Llora! Se desmaya! No hay duda; le ama! Jesus! Libera nos á malo, Señor.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Un salon. En el fondo balcon practicable al Jardin; detrás el parque con los árboles cubiertos de nieve. A la izquierda, en primer término, chimenea. En el mismo lado el cuarto de Margarita. En la derecha la puerta de entrada; mas allá otra habitacion.

ESCENA PRIMERA.

FROMENTEL, BERNARDO.

FRO. Cómo sigue la señorita?
BER. (*encendiendo la chimenea.*) La noche ha sido algo agitada, y el doctor se ha quedado velando junto á su lecho.
FRO. Ha venido el cartero?
BER. Todavía no.
FRO. Y son las diez y media! En estos tiempos nada anda bien, ni siquiera los carteros.
BER. Verá usted cómo hay noticias del señor Marqués. Qué hará cinco dias en París? Luego, como el doctor, por no asustarle, no le ha escrito que la señorita está enferma! El dice que no es cosa de cuidado, pero yo creo que no las tiene todas consigo.
FRO. Pero no acabarás de encender esa chimenea?
BER. Como no estoy acostumbrado á encender fuego tan temprano! Y luego, todo anda revuelto en la casa! El señor duque no se levanta hasta las doce, con motivo del frio. Hágame usted el favor de soplar un poco mientras voy á ver si consigo que S. E. se vista mas pronto. Jesus, Jesus! Qué dosorden! Qué trastorno! (*vase gruñendo.*)

ESCENA II.

FROMENTEL *solo, y luego* URBANO.

FRO. Brrr. Qué frio hace! En mis tiempos, en el mes de Marzo, comíamos guisantes. Verdad es que eran conservados, aunque como hacia una temperatura tan suave, le parecian á uno frescos; pero hoy dia, son por ventura capaces de conservar algo? (*frotando fósforos que no arden.*) Lo mismo que los fósforos! Cuánto mejor eran la piedra y el eslabon! Gracias á Dios que se ha encendido uno. Pues no digo nada de la leña! Antes nunca estaba húmeda, y ahora para conseguir que se encienda, es menester Dios y ayuda.
URB. Papá?
FRO. Hola! Eres tú, libertino? Con que tampoco has vuelto á casa esta noche?
URB. La he pasado en el Café del Comercio.
FRO. Eso no me sorprende.
URB. Teníamos una reunion literaria, y yo he disertado sobre las memorias de catorce generaciones de Verdugos.
FRO. No eres tu mal Verdugo! Vete, vete. Te doy mi maldicion. Alárgame un tronco. Tú no eres hijo de tu padre.
URB. Qué cosas dices, Papá! (*dándole el tronco.*)
FRO. Si no hubieras nacido en un tiempo en que las costumbres eran mejores que hoy, diria que habia en eso algun infame misterio.
URB. (*se sienta sobre una mesa.*) Vamos, quieres tener un poco de formalidad y que hablemos de negocios?
FRO. (*soplando la chimenea.*) Mire usted que cara trae! Ya no es verde, sino color de aceituna.
URB. Por eso quiero casarme.
FRO. Con la cafetera, tunante?
URB. Sí; en la cafetera pienso yo! Hemos tronado, papá.
FRO. Pues con quién, seo galopo? (*ap. con satisfaccion.*) (Es un Lovelace. Es el retrato de su padre en 1825. Sí sí, es un Fromentel.) Te ries, pícaro?
URB. Me rio de la sorpresa que te vá á causar el saber que deseo casarme con mi prima.
FRO. Con Margarita? (*En tono dulce.*) Deseas casarte con Margarita?
URB. (*tendiéndose en el sofá.*) Estoy harto de la vida. La vida no tiene ya ilusiones para mí. He bebido la copa hasta las heces.
FRO. La copa de la bolsa de tu pobre padre! (*se sienta junto á él.*)
URB. Se vive ahora tan de prisa! Así madura uno antes. Yo estoy ya maduro, y encontraré el reposo y la calma en la tranquilidad de la vida doméstica. No será muy divertido que digamos, pero al fin me acostumbraré. Además, la niña llevará un buen

dote, y eso es lo mas importante. Qué tal? Soy hombre formal, ó no?

FRO. (Este bribon tiene rasgos buenos cuando quiere!)

URB. Una vez casado, me iré á París.

FRO. Y despues?

URB. Allí, con dinero, hallaré amigos; daré comidas y reuniones, y ya verás, ya verás cómo hago carrera.

FRO. Gracias á Dios que te ocurren buenas ideas. Si te aplicases, hijo mio...

URB. Me aplicaré tambien.

FRO. No eres tonto, querido Urbano, y podrás establecer una empresa como la mia.

URB. Un periódico?

FRO. Un periódico!

URB. Fundaré una revista de crítica literaria.

FRO. (*levantándose.*) Y disiparás la dote de tu mujer. Vete con mil diablos! No, lo repito, tú no eres mi hijo. (*vuelve á soplar.*) Ni este fuelle es un fuelle. (*lo tira.*)

URB. El pobre fuelle está como yo, gastado!

ESCENA III.

Dichos, VAUBERT, *despues* BERNARDO.

VAU. Quién arma este ruido junto al cuarto de una enferma? Calle! (*á Urbano.*) No te has muerto todavía?

URB. Esas bromas me revientan. (*levantándose.*) Como si tuviese yo ganas de morirme!

BER. (*saliendo á Urbano.*) Abajo está un caballero que pregunta por usted; viene con una caja de pistolas.

URB. Ah! Ya sé; es uno con quien tuve anoche una disputa en el Café del Comercio. Hola! Y trae armas! Si creerá que me vá á meter miedo? Allá voy á darle unos cuantos moquetes. (*vase.*)

FRO. Urbano, te lo prohibo. Darle moquetes! Un desafío! Todito á su padre en 1830. Urbano! No hay duda, es hijo mio. (*vase.*)

ESCENA IV.

VAUBERT, BERNARDO.

BER. Felizmente la señorita estaba despierta, que sino, con estos gritos... Aquí hay unas cartas, señor Doctor.

VAU. Ah! De París. Es la respuesta.

BER. Del señor Marqués?

VAU. No, del médico que asistió allí á Margarita. (*abre y lee para sí.*)

BER. Hay que decir á la enfermera que vuelva esta noche?

VAU. Ya lo creo. (*leyendo.*)

BER. Pues qué, está peor la señorita?

VAU. Yo no he dicho eso.

BER. Sin embargo, le veo á usted tan inquieto... Esa carta...

VAU. No, no, vé á la diligencia para aguardar el coche que debe llegar á las tres. Espero á tu amo.

BER. Voy corriendo á ponerme la librea.

VAU. La librea? Ya podias tirarla por la ventana.

BER. Pues cómo quiere usted que me vista?

VAU. Como yo.

BER. Yo no puedo vestirme como mis superiores.

VAU. No hay superiores; tú eres igual á mí, animal!

BER. La prueba de que no lo soy, es que usted me llama animal, y yo no puedo decirle otro tanto. (*vase.*)

VAU. A estos bestias solo se les deberia enseñar los derechos del hombre con un látigo en la mano.

ESCENA V.

MARGARITA, VAUBERT.

Margarita ha salido antes y se ha sentado á la ventana muy triste.

VAU. Hija mia, levantada ya?

MARG. Sí, no me riña usted, padrino, estoy tan cansada de cama...

VAU. Qué tal te sientes?

MARG. Lo mismo.

VAU. Y la cabeza?

MARG. Algo pesada.

VAU. Siéntate. He hecho poner este sillon aquí para tí, y esa banqueta para los piés. (*la hace sentar.*)

MARG. Tengo frio! (*tiritando.*) No puedo entrar en calor.

VAU. Abrígate bien.

MARG. Así empezó mi grande enfermedad!

VAU. Quién piensa en eso?

MARG. Pero ahora no durará mucho.

VAU. Quieres callarte, niña? No te hallas mejor así?

MARG. Sí, mas cerca del balcon.

VAU. (Siempre la propia idea!) Si estás cerca del balcon, estarás lejos... del fuego.

MARG. No importa. (*vuelve el sillon.*) Me distraeré un poco, viendo...

VAU. No hay que ver nada mas que la nieve que ha caido anoche.

MARG. Pues quiero ver la nieve.

VAU. Vamos, pondremos el sillon junto á la lumbre.

MARG. Padrino, por Dios! (*dirigiéndose al balcon.*)

VAU. No te acerques al balcon; cierra mal, y entra un viento por las rendijas... Niña, no te desabrigues. Basta con una puerta abierta, con una corriente de aire, con un enfriamiento para...

MARG. (*mirando el jardin.*) Que largo parece el dia cuando se pasa mirando un camino por donde no transita nadie!

VAU. (Pobre criatura!)

MARG. Si pudiese dormir!...

VAU. Eso es, durmamos.

MARG. No: léame usted algo, padrino.

VAU. Qué quieres que te lea?

MARG. Ese libro que me ha prestado el Padre Luis.

VAU. (Bonita lectura para un hombre como yo!) (*se sienta entre ella y el balcon.*)

MARG. No se ponga usted en ese sitio, sino allí.

VAU. (*cambiando la silla.*) (Nunca he tenido tanta paciencia!) Leamos ahora. (Fenelon! Yo con un libro de Fenelon en la mano!) De la existencia y de los deberes de Dios. Oh! No te sería igual que leyésemos otra cosa?..

MARG. Por qué?

VAU. Esto no es muy alegre para una enferma.

MARG. Yo no tengo ganas de reirme.

VAU. Entonces, leamos. En dónde estás? Hácia el fin?

MARG. No, enteramente al principio.

VAU. Capítulo primero. Pruebas de la existencia de Dios.

MARG. Diga usted, padrino; es verdad que hay personas que no creen en Dios?

VAU. Vaya si las hay!

MARG. Eh?

VAU. Digo que sí, que parece que las hay.

MARG. Cómo es posible! No tener nada que consuele! Es tan bueno cuando una está triste pensar que existe allá arriba un ser que le escucha y le mira!

Por la noche, cuando la calentura no me deja dormir, hablo con el Señor: le digo mis esperanzas, mis temores, y me parece que me contesta: «Valor!» Entonces me duermo tan contenta, tan tranquila, y ese es el verdadero médico.

Vau. Bueno, bueno; pero...

Marg. Cuando uno pierde una persona querida, hemos de creer que todo se acaba?

Vau. Pero...

Marg. (*exaltándose.*) Pensar que no habia de volver á encontrar á mi pobrecita madre, nunca, en ninguna parte! Y cuando estoy muy mala, en lugar de consolarme diciendo: «Voy á tornar á verla» diria; «No: volveré como ella á la tierra, fria, helada!» Dios mio! Qué horror! (*levantándose y abrazándole.*) Padrino, no me permita usted repetir eso. Si viese usted que miedo me dá! No se marche usted, tengo miedo!

Vau. Sosiégate, hija del alma, sosiégate. No te exaltes así.

Marg. Lo vé usted? Tengo algo de calentura. (*sentándose.*)

Vau. Abrasa tu cabeza. No hables tanto. Voy á darte una medicina que te calmará! (Por fin hemos acabado con la lectura.) (*corre á la chimenea.*)

Marg. Padrino, por qué no vá usted nunca á la Iglesia? (*con dulzura.*)

Vau. (Otra!) Porque un hombre... un médico... y luego, á mi edad... Toma. (*echa la medicina en una cuchara.*)

Marg. Si yo estuviese muy mala, no iria usted á la Iglesia á pedir á Dios por mí?

Vau. Qué idea! Vaya! Como si tú estuvieses muy mala! (*acercándose con la medicina.*)

Marg. Pero si lo estuviese, si me hallase en peligro de muerte...

Vau. Quieres callarte, niña? No digas esas cosas, ni en chanza. Toma, bebe esto.

Marg. Júreme usted antes que irá á la Iglesia, si me pongo peor.

Vau. Sí, sí, hija mia. Bebe.

Marg. No lo beberé hasta que usted me lo jure por lo que crea mas sagrado.

Vau. Pues bien, te lo juro.

Marg. Y rogará usted á Dios de rodillas? (*bebe.*)

Vau. Sí, de rodillas.

Marg. Y Dios, para recompensarle esto, me curará. (*acaba de beber.*)

Vau. Sí, sí, te curará. (*casi llorando.*)

Marg. Gracias. Ah! déjeme usted que le abrace.

Vau. Qué empeño de hacerle llorar á uno!

Marg. Gracias. (*cayendo en el sillon.*)

Vau. Qué ataque tan terrible! Se va á dormir.

Marg. Volverá. (*soñando.*)

Vau. Pensando siempre en él! Vá á soñar, como de costumbre, no á dormir.

Marg. Volverá... por allí... Pero no se atreve... Como le han arrojado de la casa...

Vau. No, no. (*á media voz al oido.*)

Marg. Sí, Rosalía me lo ha dicho. Le han arrojado porque pidió mi mano, y ha partido.

Vau. No ha partido. Duerme tranquila. Está en Quimperlé.

Marg. No.

Vau. Le he visto ayer.

Marg. Y no viene... Le ha echado... Mi tio... Rosalía lo asegura.

Vau. Ah! maldita bruja! (*jurándoselas.*) No, no, al contrario; duerme, te lo suplico.

Marg. Conque no es verdad? De veras? le han recibido bien.

Vau. Ciertamente.

Marg. Y mi tio ha ido á París á tomar informes?

Vau. Justo.

Marg. Y nos casarán?

Vau. Sí, hija mia, os casarán.

Marg. Ah! (*con un suspiro de felicidad se duerme.*)

Vau. Ahora va á dormir profundamente, gracias á la bebida. (*la toma el pulso.*) La calentura cede un poco. Pobre criatura! Ama sin esperanza, y esa es toda su enfermedad!

Ber. (*sale.*) Señor, señor!

Vau. Habla bajo.

Ber. El señor marqués ha llegado.

Vau. Ya?

Ber. Y viene muy contento.

Vau. Como que no sabe nada. Es menester decírselo. Abre esa puerta, que no vea á Margarita en semejante estado, porque la creeria muerta.

Marq. (*dentro.*) Vaubert, Margarita! (*Bernardo abre la puerta del cuarto de Margarita, y arrastra el sillon, ayudado de Vaubert.*)

Vau. Pronto, pronto! (*cierra la puerta.*)

ESCENA VI.

El Marqués, Vaubert, Fromentel, Rosalía.

El marqués con vestido de viage elegante, una manta inglesa, periódicos y libros.

Marq. Mi querido Vaubert, dame un abrazo. Buenos dias, Fromentel. Bernardo, recoje el equipaje.

Ros. Ah! Primo! (*dando vueltas al rededor suyo para abrazarle: él la entrega los periódicos, que pone sobre la mesa.*)

Fro. Qué lujo!

Marq. Y mi padre? Y Margarita?

Vau. Chit. Están durmiendo. Y Margarita...

Marq. Duermen aún? Qué perezosos! Vamos, despáchate. (*á Bernardo.*)

Ros. Primo mio! (*queriendo abrazarle.*)

Vau. Y tú, cómo estás? (*poniéndose delante de ella, que furiosa dá la vuelta al otro lado.*)

Marq. Perfectamente. No tengo sesenta, sino veinte años. Estoy alegre, ligero, rejuvenecido. Toma esto. (*Le dá á Bernardo la escarcela.*) Toma tú esto. (*Rosalía la recibe en el momento de tender los brazos para tirar la manta.*)

Ros. Ah primo! Cuánto deseaba que volvieses!

Marq. (*Al abrazarle Rosalía se vuelve á Bernardo.*) Y la baca?

Ros. La baca?

Marq. No olvides la baca del carruaje, donde he dejado unos bultos. (*se van los criados; Rosalía le abraza.*) Ah! Uf! Respiremos. (*se sienta en el sofá.*)

Vau. Aquí hay fuego.

Marq. No tengo frio. Lo tienen ustedes, eh? Siento que mi padre y la niña duerman á las once de la mañana. (*mira al reloj de la chimenea y el suyo.*) Aquí atrasais.

Fro. No, no.

Marq. Sí, sí, son las once y media en la Bolsa.

Fro. En la Bolsa? (*sorprendido.*)

Vau. En la Bolsa de Quimperlé? (*idem.*)

Marq. Qué sucede! Qué cara ponen ustedes los tres! Parece que están helados.

Vau. No, tú eres quien...

Fro. Sí, usted es...

Ros. Cómo vienes tan animado!
Marq. Lo repito, no tengo mas que veinte años. Todo lo ha hecho París. (*levantándose.*) A propósito; victoria! victoria!
Fro. No hay ya camino de hierro aquí?
Marq. No.
Vau. Has conseguido?...
Marq. He corrido á pié y en coche; he trabajado, he influido, he intrigado. Aquí encontraba un antiguo amigo; allá una señora conocida; acullá una antigua amiga; y entre unos y otros, entre idas y venidas, súplicas y amonestaciones, les he convencido, lo oís? convencido de que el camino debe ir por otro lado. Qué decis?
Vau. Nada.
Fro. No nos deja usted meter baza.
Ros. A mí me mareas con tu locuacidad.
Marq. Cuando digo yo que estais helados! Y por acá, todos buenos?
Vau. Sí: solo Margarita anda un poco macanche.
Marq. Bah! No será nada. Ya sé yo lo que es.
Vau. Hola! Has encontrado?..
Marq. Sí, ahora mismo al salir de la diligencia... Entre paréntesis... que mala es la tal diligencia!
Fro. Mala?
Marq. Fatal, atroz! Ocho personas veníamos en ella, y además un niño de pecho. Mi vecino dormia sobre mi hombro; los caballos no podian andar con la nieve; hemos estado para volcar, y luego un frio! Y yo que acababa de dejar el camino de hierro, donde venia ancho y cómodo, en un buen asiento, con un magnífico calorífero debajo de los piés! (*los tres se miran estupefactos.*)
Ros. Elogia el camino de hierro!
Marq. No, no; no elogio el camino de hierro, sino que protesto contra la diligencia. En fin, al atravesar Quimperlé, que será muy pintoresco, pero que me ha parecido muy fastidioso, y triste y súcio... Qué súcio está todo!
Ros. Naturalmente. El invierno...
Marq. Es que lo es lo mismo en verano. Y luego, ni un alma por las calles, ni un coche, ni el menor ruido. Todo muerto! Ay! cuando uno vuelve de París! (*Vaubert escucha á la puerta de Margarita y entra.*)
Ros. Echar de menos á París! Aquella horrible Babilonia!
Marq. Sí, sí, es Babilonia, la impura Babilonia con todos sus vicios; pero es la Babilonia donde uno anda, piensa y vive dos veces, con su propia vida y con la de los demás. Ah! Ciudad maldita! Con qué delicia he pisado yo de nuevo tus calles! Oh! Pueblo monstruoso, centro de todos los crímenes y de todas las virtudes, de todas las infamias y de todas las grandezas! Quisiera poder destruirte, y sin embargo, te adoro.
Ros. (*furiosa.*) Adorar al infierno!
Marq. Salgo del infierno, y sin embargo, miradme, la llama y el fuego me han dado otro ser, y soy un hombre distinto, porque tengo á París en las piernas, en los ojos y en las venas.
Ros. (*le mira con terror.*) Misericordia, misericordia!
Marq. Y no quereis que la pobre Margarita, viniendo como yo de ese París incomparable, se muera aquí de fastidio y de tristeza? Es por ventura esta casa oscura y sombría, que sin embargo me glorio de haber salvado, es jaula digna de ese pájaro procedente de paises mas alegres y mas dichosos? Una mujer jóven, linda, graciosa, andar sobre estas alfombras viejas, sentarse en estos sillones derrengados; contar el tiempo en ese vetusto reloj que ronca antes de sonar, cual si á las horas dormidas les costase trabajo despertar! Pobre niña! A la guardilla esas antigüedades; á la guardilla la vejez, y que todo aquí se rejuvenezca conmigo.
Fro. Y á nosotros, quiere usted tambien mandarnos á la guardilla?
Marq. A ustedes? (*los lleva á un estremo y les habla á media voz.*) A ustedes? Si no saben hacer lo que yo, si no saben rejuvenecerse para agradar á Margarita... Saben ustedes la palabra terrible con que nos ha calificado en París una mujer de talento, á quién yo contaba nuestra vida? Son ustedes mómias, me dijo.
Los tres. Mómias!
Marq. Mómias, comprenden ustedes? Mómias de Egipto, es decir, viejos atrasados, estacionarios, ridículos. Pues bien, yo no lo quiero ser; aun me siento con fuerzas para desmentir el epíteto, y les obligaré á ustedes á quitarse el polvo de encima, á regenerarse, á despertarse. Daremos fiestas, comidas, conciertos, bailes, y no volverán á decirnos que somos mómias. Mómias!
Fro. Bailes?
Ros. Bailes! Y querrás que me presente descotada? (*cruza las manos sobre el pecho.*) Descubrir yo... Qué horror!
Marq. Sí, qué horror!
Fro. Y yo que baile?
Marq. Pues no bailaré yo?
Ros. Con Margarita? Lo que debes hacer es casarte con ella.
Marq. Por qué no?
Ros. (Justo Cielo!) Y será ella quien heredará?...
Marq. Cómo! Quién heredará?...
Ros. Señor Marqués, no se acerque usted á mí; vade retro! Sus manos de usted huelen á azufre. Ha querido usted ver París, y ha caido en el abismo, saliendo de él horrible, calcinado, espantoso!
Marq. En cuanto á espantoso, me parece que tú...
Ros. Déjeme usted hablar. Quiero hablar! Hablaré como la burra de Balaan. Maldicion sobre la casa que se abre al lujo, á las modas, á los bailes impuros de París!
Marq. Está loca!
Ros. El amo de ella se arruinará; el criado robará; la sobrina se perderá; la sociedad maternal los recojerá: la casa vendrá al suelo, y Rosalía se lamentará de la terrible suerte de un caballero lleno de buenos principios, que vuelve de la inmensa sentina heresiarca, renegado, apóstata y liberal, para acabar un dia Jacobino, como ese mónstruo del averno. (*señalando á Vaubert que vuelve.*)
Marq. Pero Rosalía...
Ros. Maldicion sobre todos vosotros; maldicion! maldicion! (*vase.*)
Fro. Tome usted sus anteojos, tome usted sus anteojos. (*se vá tras de ella con los anteojos que ha dejado caer.*)

ESCENA VII.

El Marqués, Vaubert.

Marq. Habrá furia semejante! No sé como he tenido tanta paciencia! Bah! Vamos á ver á la niña.
Vau. No entres.
Marq. Por qué?
Vau. Porque Margarita duerme.

Marq. Todavía? Qué tienes? Esa cara... Está enferma Margarita?
Vau. Sí.
Marq. Y no me lo decias! (*vá á entrar.*)
Vau. Quieres despertarla? No ha cerrado los ojos en toda la noche. Además, puedes verla desde aquí como yo. (*empuja la puerta.*) Mírala dormida en su sillon.
Marq. Pobre hija mia! Qué pálida está! Y no me ha escrito una palabra!
Vau. Para qué? La tarde que te fuiste, afectada con lo que acababa de ocurrir, tuvo que acostarse; y á pesar de todos mis esfuerzos, desde ayer la calentura vá en aumento: sueña á voces, llora, gime... Si se despierta con dolor de cabeza y delirio, entonces...
Marq. Dios mio! Pero cuál es la causa de esta recaida tan inesperada, tan violenta?
Vau. La causa? La tontería que hemos hecho.
Marq. Cuál?
Vau. La de traer aquí ese hombre, que pasaba sin haberla visto siqüiera.
Marq. Y qué importa si él no la ama?
Vau. El no, pero ella...
Marq. Acaba.
Vau. Ella le adora.
Marq. Le adora? (*con dolor.*)
Vau. Ahí tienes el orígen de su mal. El amor contrariado. El amor que no se atreve á quejarse por orgullo, que no sabe vencerse por debilidad. Y no debo ocultártelo; si la dices ahora: «No le volverás á ver; le he rechazado, no quiero que te cases con él, y además, no te ama.» una hora despues aparecerá el delirio, y á la noche habrá muerto.
Marq. Muerto!
Vau. Mira; leé lo que me escribe (*saca una carta.*) el facultativo que la asistió en París; es claro y terminante como una sentencia de muerte! «Si hay recaida, es cosa desesperada.»
Marq. Pero no la habrá; no dejaremos que reaparezca esa horrible enfermedad; aquí estamos los dos; tú eres el médico, la ciencia, y sabrás el remedio.
Vau. El remedio? Dale esperanzas, é inspírala valor, y tú verás; pero no me pidas que cure con brebages la locura de una jóven que se muere de tristeza y de amor.
Marq. Nadie se muere de amor, Vaubert, y tú me lo has dicho cien veces.
Vau. No, pero cualquiera se muere de calenturas, y el amor las produce.
Marq. Hagamos algo siquiera. Combatamos, luchemos. Nos estamos aquí charlando, y el peligro aumenta quizás.
Ber. (*sale.*) Señor Marqués, aquel jóven, el Sr. Cavalier, prugunta si V. E. puede recibirle.
Marq. El ahora!
Vau. (El aquí!)
Ber. Dice que recuerde el Sr. Marqués que debia venir á saludarle.
Marq. El miserable que la ha matado! Que se vaya, que se vaya de mi casa.
Vau. (*vivamente.*) Al contrario: que se quede, y que aguarde.
Marq. Estás loco?
Vau. Tú si que lo estás! No conoces que él nos trae el remedio que pedias, la salvacion por hoy, al menos?
Marq. Pretendes?...
Vau. Pretendo que Margarita le vea, aunque solo sea un instante, un segundo; pero que le vea.
Marq. Piensa que...
Vau. Solo pienso una cosa; que le verá aquí á tu lado, y que su presencia desmentirá las palabras de Rosalía.
Marq. Es que no quiero hacerle creer...
Vau. Crea lo que guste, con tal de que yo la salve.
Marq. Para tener que confesarla mañana...
Vau. Entonces como entonces; salvémosla hoy; despues Dios dirá.
Marq. No quiero...
Vau. Pues yo sí quiero, y el que manda, cuando se trata de un enfermo, es el médico. Soy responsable de su vida; déjame la libertad de emplear mis recursos.
Marq. Bien. (*se oye llamar.*)
Vau. Creo que Margarita nos ha oido, porque llama. Corre, entra en su cuarto; y si no puede andar, tráela tú. (*el Marqués entra en el cuarto.*) Tú, haz que dentro de cinco minutos suba ese jóven. (*á Bernardo.*)
Ber. Desearia que el Sr. Marqués me lo mandase él mismo.
Vau. El Marqués soy yo, esclavo! (*le hace retroceder hasta la puerta.*) Márchate, márchate! (*se va.*) Está visto: hay siempre que venir á parar al terror.

ESCENA VIII.

Vaubert, *el* Marqués *y* Margarita.

Marq. Apóyate en mi brazo, hija mia.
Marg. Cuánto me alegro de que haya usted venido!
Marq. Te sientes mejor?
Marg. Tengo siempre calentura.
Vau. (Los ojos.) (*al Marqués.*)
Marq. (Los ojos?) (*sin comprender.*)
Vau. (No los quita del balcon.)
Marq. (Sí, sí.) Quieres sentarte? (*Margarita se deja caer en el sofá.*)
Marg. Sí. Cuánto tiempo ha estado usted ausente!
Marq. Me ha ocupado mucho un asunto de que vinieron á hablarme.
Vau. Sabes quien fué? Tu amigo Cavalier.
Marg. Ah! Con que fué él?
Vau. Sí, sí.
Marg. Y estaba aun en París?
Marq. No.
Vau. Pero deben volverse á ver.
Marg. Oh! (*con alegría.*)
Marq. Sí, debemos volver á vernos. (*sentándose á su lado.*)
Marg. Entonces... entonces... se hablan ustedes?
Vau. Qué?
Marg. No está usted enfadado con él?
Vau. Con él! Tu tio?
Marq. Yo? Por qué?
Marg. No es verdad lo que me contó Rosalía?
Vau. Qué te contó?
Marg. No rechazó usted su peticion?
Marq. Su peticion?
Marg. Sí. (*mirándole con inquietud.*)
Vau. (Responde que no.) (*bajo al Marqués.*)
Marq. No, ciertamente, no. No la rechacé, al contrario...
Marg. Consiente usted? No estoy soñando? Que felicidad! (*le acomete un temblor nervioso.*)
Marq. Margarita! (*levantándose.*)
Marg. (*temblando.*) No es nada, no es nada; se vá á

pasar en seguida. Pero la sorpresa... de repente. Estoy tan débil. Tenia usted miedo de decirlo de pronto, bien lo he comprendido; pero se equivocaba usted; la alegría... Oh! No es nada, no es nada. (*rompe á llorar.*)

Marq. (A dónde me has traido á parar, desventurado! Ahí la tienes persuadida de que consiento en su matrimonio!)

Vau. (Ella ha ido mas lejos que nosotros. Hubiera debido preveerlo!)

Marq. (Y ahora es imposible desengañarla!)

Marg. Me he equivocado, no es verdad? (*levantando la cabeza con inquietud.*)

Marq. No, no, hija mia.

Vau. Cáspita! Es un guapo mozo!

Marg. Tiene bonita posicion!

Vau. Luego te ama?

Marq. Tú le amas tambien?

Marg. Qué si le amo!

Vau. Será un escelente marido.

Marq. Escelente. (Descarrilamos!)

Vau. (Mira que oigo su voz.) (*al Marqués.*) Prevenla al momento.)

Marg. Qué le dice usted, padrino?

Vau. Pregunto al Marqués si le aguarda pronto.

Marg. Vá á venir?

Marq. Sí.

Vau. (Poquito á poco, poquito á poco.) (*al Marqués.*)

Marq. Sí, puede que mañana...

Marg. Mañana! (*triste.*)

Vau. (Que sube!) (*al Marqués.*)

Marq. O tal vez hoy.

Marg. Hoy? (*alegre.*)

Marq. Debia venir á saludarme, en cuanto supiese mi llegada.

Marg. Entonces...

Vau. (Corre.) (*al Marqués.*)

Marq. Y creo, se me figura...

Marg. Sí, él es. (*escuchando.*) Ahí está, ahí está. (*cae en el sillon al ver á Marcelo.*)

Marq. (Cuánto le ama!)

ESCENA IX.

Dichos, Marcelo.

Mar. (*sin ver á Margarita.*) Sr. Marqués, vengo, segun habíamos convenido...

Vau. (Sigue.) (*al Marqués.*)

Marq. Venga usted acá, caballerito. Precisamente hablábamos de usted.

Mar. De mí? (*sorprendido.*)

Marq. (*apretándole la mano.*) (Ruego á usted que siga la conversacion. Luego lo sabrá todo.) Celebro infinito verle á usted. No sabe usted que tenemos una enferma?

Mar. No. Cómo, Señorita, está usted mala?

Marg. Un poco; pero ya estoy mejor.

Mar. Si yo lo hubiese sabido...

Marq. (Habria venido antes.) (*apuntándole.*)

Mar. Sin duda, habria venido...

Marq. Pero el señor Cavalier estaba en Nantes.

Mar. En efecto, estaba en Nantes; un negocio...

Marg. Con que por eso solo no le he visto á usted?

Marq. Ya lo creo; acaba de llegar... no es asi?

Mar. Sí; en este momento.

Marg. Pues mi padrino le vió á usted ayer.

Vau. (Se acuerda!) Yo? Le ví yo?

Marg. Lo recuerdo muy bien. Me lo dijo usted antes, cuando me dormia, y una vez que no he soñado lo demás...

Vau. Te aseguro...

Marg. No, no: usted estaba aquí desde ayer, y no ha venido en seguida. Usted que era tan exacto cuando yo estaba enferma...

Marq. (Era exacto en París!) (*á Vaubert.*)

Vau. (Por las señas...)

Marg. Que venia todos los dias á visitarme.

Marq. (Todos los dias! Vaubert, estamos perdidos!)

Marg. Aquí hay algo que no está claro, y que yo quiero saber.

Mar. Es muy sencillo, y la diré á usted como estos señores!... (Qué la digo?) (*á Vaubert.*) Ayúdeme usted á esplicar...)

Marg. Sí, sí: se hablan ustedes en voz baja.

Mar. No, no.

Vau. No por cierto.

Marg. Me ocultan ustedes alguna cosa. Quiero interrogar á Marcelo, y me lo contará todo, mientras se van ustedes á comer. (*El Marqués y Vaubert se miran asustados.*)

Marq. A comer?

Marg. Supongo que ahora tengo derecho para hablar con él.

Marq. Sin duda, aunque...

Marg. Tienen ustedes miedo? Cuando digo que hay algun misterio...

Marq. No lo creas.

Marg. En ese caso, déjennos ustedes, querido tio.

Vau. (Dejarlos es inevitable.) (*al Marqués.*) Vamos á comer; yo me muero de hambre, y tú debes tenerla tambien.

Marq. Pero...

Vau. (Qué temes? El no la ama.)

Marq. (Sin embargo...)

Vau. (Quieres matarla?)

Marq. (No, no.)

Vau. (Entonces, ven.) (*Hace señas á Marcelo.*)

Marq. (Hemos descarrilado, Vaubert: hemos descarrilado completamente.) (*se van.*)

ESCENA X.

Margarita, Marcelo.

Marg. Ahora que estamos solos, esplíqueme usted esa mentirilla; porque no hay duda que es una mentira.

Mar. Perdóneme usted, Margarita. (*se sienta á su lado.*)

Marg. No, yo no perdono tan pronto. Antes de ayer no estaba usted en Nantes, sino aquí. No ha venido usted siquiera una vez, sin embargo de que me encontraba muy mala, y hubiera podido morirme.

Mar. Quiere usted no pronunciar esa pícara palabra? Acaso se muere nadie á su edad de usted? Bien sabe usted que no, puesto que la hemos salvado.

Marg. Gracias á Dios que vuelve usted á ser el mismo de antes! No obstante, todo eso no me esplica por qué no ha parecido por esta casa durante cinco dias mortales.

Mar. La culpa es del señor marqués, que no me habia autorizado á venir durante su ausencia.

Marg. Supuesto que el tio lo aprobaba todo...

Mar. Lo aprobaba todo?

Marg. Supuesto que nos permitia...

Mar. El qué?

Marg. Ya lo sabe usted. Por qué se empeña en que se lo diga?

Mar. Porque lo dirá usted mejor que yo. Conque nos permiten?...

Marg. (*ruborosa.*) Que nos... Que nos amemos. Está usted satisfecho de haberme obligado á decirlo yo la primera?

Mar. (Me ama!)

Marg. Me parece que un marido puede muy bien venir á visitar á su mujer.

Mar. Ah! Conque?...

Marg. Bien ve usted que me lo han dicho todo. Hágase usted ahora el misterioso! Por qué me lo habian de ocultar?

Mar. No, nó.

Marg. Como estoy enferma, temian que la emocion me hiciese daño.

Mar. Es verdad. (Y ahora comprendo...)

Marg. Y ha sucedido lo contrario; desde aquel momento me he sentido mejor. Míreme usted; no es cierto que no tengo la misma cara de antes, y que todo respira en mí la vida y la felicidad?

Mar. Margarita!

Marg. Juzgarlo todo perdido, y hallarse en un instante en el colmo de la dicha! (*llora.*)

Mar. (Pobre niña! Han tenido que engañarla! Pero yo no debo dejarla creer...) Oigame usted, Margarita.

Marg. Déjeme usted llorar; estas lágrimas son buenas; no son como las que derramaba ayer.

Mar. Ayer?

Marg. Y me lo pregunta!! Ya, ustedes los hombres no lloran porque son mas fuertes: pero yo no soy fuerte.

Mar. (Ignoro cómo empezar.) Y si yo no la hubiese amado á usted?

Marg. Era imposible!

Mar. Ciertamente... aunque podia no haber sentido hácia usted sino el cariño de un verdadero amigo.

Marg. Sí.

Mar. De un hermano.

Marg. Sí.

Mar. Y nada mas.

Marg. No, no, eso no era bastante.

Mar. Supongamos que hubiese yo amado á otra mujer.

Marg. No, no; usted debia amarme; como yo debia amarle á usted. Nada podia impedirlo, y esas cosas estan escritas en el cielo.

Mar. En el cielo?

Marg. Lo que podia acontecer es que se opusieran á este amor, y que se negáran á casarnos.

Mar. Precisamente, y entonces...

Marg. Marcelo, apenas puedo soportar mi alegría; imagine usted si podria soportar mi dolor!

Mar. Sí, tiene usted razon. (*estrechándola la mano.*) Sí, todo va bien. Es usted muy feliz?

Marg. Y usted lo es?

Mar. Yo muchísimo.

Marg. Venga usted aquí, (*haciéndole sitio en el sofá.*) aquí, mas cerca; y dígame una cosa.

Mar. Cuál? (*sentándose.*)

Marg. Dígame usted francamente... pero muy francamente...

Mar. Sí.

Marg. Desde cuándo me amaba usted?

Mar. Desde cuándo?

Marg. Sí; y míreme usted bien de frente para responderme.

Mar. Desde cuándo?

Marg. Conque necesita usted hacer un esfuerzo para recordarlo? Yo le diré á usted en seguida el dia que sentí por primera vez...

Mar. De veras? Y fué?...

Marg. Aquel dia del otoño pasado en que vino usted á visitarnos á las dos de la tarde.

Mar. Un Domingo.

Marg. Qué hermoso sol hacia! Salia yo á la calle por primera vez, é iba de luto: fuimos á paseo; usted me dió el brazo, y como estaba triste, usted me dirigia dulces palabras; palabras de consuelo, que llegaban al fondo de mi corazon. Se acuerda usted de lo que me decia?

Mar. Ya lo creo. Sí, querida Margarita: le decia á usted...

Marg. Qué?

Mar. Que no habia conocido persona tan buena como ella.

Marg. Y despues?

Mar. Que es usted hermosa y adorable.

Marg. Adorable! No, nunca me ha dicho usted eso.

Mar. De veras? No lo dije nunca?

Marg. Quizás lo pensaba usted.

Mar. Ciertamente.

Marg. En fin, es la primera vez que le oigo á usted hablar así.

Mar. La primera?

Marg. Como que tuve que adivinar su amor.

Mar. Pero al fin lo adivinó usted?

Marg. Oh! Muy luego lo conocí! Aquel cuidado de venir todos los dias á la hora en que yo estaba visible...

Mar. Sí.

Marg. Aquellas atenciones de traerme lo que podia serme grato; un libro, una flor...

Mar. Sí.

Marg. Bien veia yo lo que todo eso significaba.

Mar. Dónde encontraré un corazon mejor, un alma mas pura y mas bella que la de usted?

Marg. Siga usted... Siga usted... Me causa un placer tan inmenso el escucharle!

Mar. Y es verdad, Margarita, hay cosas que no la he dicho á usted. Cuando nos separábamos, volvia á mi casa agitado, conmovido, otro en fin. Su recuerdo de usted me fortificaba contra las penas, contra las contrariedades, contra las amarguras de la vida. Veia objetos y cuestiones que me disgustaban del mundo; pero mi corazon me gritaba: «sí, hay algo mejor que eso en él; existe Margarita.» Usted era el ángel de mi guarda; yo invocaba su apoyo en las grandes pruebas, y no podia pronunciar el nombre sagrado de mi madre, sin añadir en seguida el de Margarita.

Marg. Continúe usted.

Mar. Y no habia de amarla yo! Habia de ser ingrato, ciego, insensible? Sí: nuestra union está decretada en el cielo! Usted ha venido á la tierra para velar por mí, y para defenderme contra mí mismo; y hoy que la vuelvo á encontrar á usted, bella, pura, angélica, adorable, caigo á sus pies jurándola que será mia, que seré suyo en esta vida, en la otra, siempre, y que la amo á usted... que te amo con toda el alma!

Marg. Gracias á Dios que lo ha dicho usted! (*se desmaya.*)

ESCENA XI.

Dichos y el Marqués.

Marq. Señor mio, le creia á usted un caballero!

MAR. Qué? Qué hay? (*turbado, levantándose y poniéndose delante de Margarita.*) Qué me quiere usted? Dios mio, habia creido que era verdad.

MARQ. Nada tiene usted que hacer aquí ya, y no vuelva á poner los pies en esta casa.

MAR. Y quién me ha obligado á venir á ella? Quién me ha cojido de la mano poco ha para arrojarme á los pies de esa jóven? Quién? Quién! Usted.

MARQ. Silencio!

MAR. Usted queria que yo la oyese hablarme de su amor, que la respondiera, y que este corazon helado permaneciese insensible? Pues bien, ahora la amo, y usted es el que lo ha querido; la amo ahora, y su imágen adorada venga usted á arrancármela de aquí!

MARQ. (*reparando en Margarita.*) Se ha desmayado! Socorro! Socorro!

MAR. Margarita! (*corre á ella.*)

MARQ. Salga usted al punto de mi casa.

MAR. Sí, saldré, sí; pero no arrojará usted el amor de mi pecho como me arroja de su lado. (*se va.*)

ESCENA XII.

EL MARQUÉS, ROSALÍA.

MARQ. Maldito sea el dia en que te apareciste aquí! Margarita! Hija! Rosalía, en nombre del cielo, cuida de ella, mientras voy á buscar al doctor. Vaubert! Vaubert! Vaubert! (*se va.*)

ESCENA XIII.

MARGARITA, ROSALÍA.

ROS. Pobre muchacha! Mire usted en que estado la ponen con sus probaturas.

MARG. Marcelo! (*volviendo en sí.*) Dónde está?

ROS. Se ha marchado.

MARG. Quiere usted volver á engañarme, señora?

ROS. Yo?

MARG. Sí. Una vez ha mentido usted ya. Mi padrino me lo ha dicho.

ROS. Qué he mentido! Se atrevió ese mónstruo á decirte que soy capaz de mentir, cuando ellos son quienes están de acuerdo para hacerte creer en un amor, que no es sino una infame comedia?

MARG. Una comedia el amor de Marcelo?

ROS. Sí; un plan concertado para engañarte, como á los niños cuando se hallan malitos. A mí me sacan de quicio tales farsas. Porque te creen, hija mia, sin duda una muchacha sin religion, incapaz de ofrecer al Señor sus penas; como yo que treinta años ha le he sacrificado todas mis inclinaciones amorosas, para imponerme esa mortificacion. Así debias hacerlo para bien de tu alma.

MARG. Marcelo no me ama! El, cuya voz oigo todavía! El, que me juraba hace un instante...

ROS. Solo por caridad, solo por compasion.

MARG. Por compasion! (*Con un grito de dolor.*) Basta, basta, señora; déjeme usted.

ROS. Sí, sí, ya veo que no es nada. Pobre chica! Qué gusto tendrán en atormentarla? (*jurándoselas al doctor.*) Conque he mentido yo, seo hereje? Ay! si tropiezo ahora con él! Tú eres quien miente, demonio de hombre, como todos, todos vosotros, que mentis para engañarnos; pero á mí no me engañareis, jamás! jamás! jamás! (*se vá.*)

ESCENA XIV.

MARGARITA, *despues* MARCELO. *Anochece.*

MARG. Su compasion! Nada mas que su compasion! Y todo lo que me decia poco ha á mis piés... comedia! Sí, recuerdo ahora su turbacion. Y si no la amase á usted? Y si amase á otra? Loca de mí; y yo que no lo comprendí! No obstante, estaba bien claro. No piensa en mí, y me hacia la limosna de una apariencia de amor. Ah! Estoy maldita, maldita como mi madre! Por qué habré yo venido á esta casa? Es una mansion de desgracias. El pecho! Aquí y aquí (*señala la cabeza.*) hay fuego. Me ahogo! Necesito aire, necesito respirar. (*vá al balcon.*) No, no, me han dicho que el frio me mataria... Pues bien, que me mate, y así acabaré de una vez. (*Abre el balcon y se vé el jardin: está nevando. Margarita tira el abrigo, y tiembla de frio.*) Ven, ahora, ven: ahora si que te inspiraré compasion! Compasion! Já! já! já! (*carcajada nerviosa. Marcelo desde afuera, dando un grito y sale por el balcon.*)

MAR. Margarita! Margarita! Desventurada, qué hace usted?

MARG. Déjeme usted, déjeme usted. (*retrocediendo.*)

ESCENA XV.

Dichos, MARQUÉS, VAUBERT, FROMENTEL y BERNARDO.

MARQ. Margarita! (*recibiéndola en sus brazos.*)

VAU. Ese balcon... (*Marcelo cierra el balcon, ruedan el sillon y envuelven á Margarita con la manta que sacó el Marqués.*)

MARG. No, no, dejadme. Quiero morir!

MARQ. Vaubert, tú la salvarás!

VAU. Quién sabe si será tiempo todavía! (*tiene agarrada la mano de Margarita.*)

MARG. Compasion! Já! já! já! (*incorporándose, mirando á Marcelo y con risa convulsiva.*)

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del 3.º. Una lámpara encendida sobre la chimenea. El sillon en el mismo sitio, y en él dormido Fromentel. Delante de la chimenea una mesita donde escribe Vaubert: al levantarse el telon, el marqués duerme tendido en el sofá.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS, VAUBERT *y* FROMENTEL.

VAU. Fromentel! (*á media voz.*)

FRO. Eh? Qué? (*despertándose.*)

VAU. Ya es de dia; apague usted la luz.

FRO. Cáspita! Que mal se duerme asi! (*levantándose y apagando la luz.*) Ay! cómo me duele este brazo! Qué será este dolor?

VAU. Un poco de reuma.

FRO. En mis tiempos no se padecian reumatismos. (*Vuelve á sentarse y dice medio dormido.*) Cuando recuerdo que todos los dias, á las cinco de la mañana, despertaba yo mismo á mis dependientes! Pero entonces, á aquella hora, hacia una temperatura deliciosa, un sol magnífico... mientras que ahora este pícaro sol no calienta, ni sirve para nada. (*El reló dá las ocho.*) Qué es esto?

VAU. Que el reló dá las ocho!

FRO. Maldito reló, que ruido hace.

VAU. Chit! Me parece que Margarita ha suspirado! (*Vá á escuchar.*) No: duerme todavía. La noche ha sido terrible; pero la crisis es buena. Lo que podia matarla, la ha salvado! Todo vá bien! Todo vá bien! (*Frotándose las manos: el Marqués suspira.*)
FRO. Brr! El Marqués no duerme mejor que yo.
VAU. Ha querido velar, como usted, como yo, como ese jóven á quien he tenido que dar hospitalidad en mi casa. Pobre muchacho! A tiempo llegó!
FRO. Sin embargo, á no ser por usted, el Marqués le hubiera echado á la calle.
VAU. (Ya lo creo!)
FRO. (*arrellanándose para volver á dormirse.*) Pues si yo estuviese en su lugar, dejaria á los pobres muchachos que se casaran.
VAU. Puesto que se aman...
FRO. Eso es secundario; ese es el lado poético; pero qué se le puede pedir á ese jóven? No es un galopin como mi hijo. Me parece justo que nadie se enamorase de Urbano, al paso que el otro posee cuanto se puede apetecer; buen destino, gran sueldo. No es mas que pura terquedad despreciarle.
VAU. Sí, pura terquedad, egoismo, es cierto. (*sorprendido.*) Nunca le he oido á usted hablar tan juiciosamente, Fromentel.
FRO. Porque estoy furioso. Esta pícara historia me saca de mis casillas, y me preocupa tanto, que ni como, ni duermo hace dos dias. (*vuelve á dormirse.*)
VAU. Y no ha cesado de roncar toda la noche. Sin embargo, tiene razon en lo que dice: es egoismo. Mi conciencia me repite esta palabra desde ayer. Vamos, doctor, ánimo, y cortemos por lo sano. Cortar! No: con la astucia se logrará mas. (*mirando al Marqués dormido.*) Yo he conocido por qué te opones tú tanto á ese matrimonio; pero yo te haré consentir en él, ó perderé mi nombre. Empecemos por echar de aquí á Fromentel. Arriba! (*meneándole.*) Que son las ocho de la mañana.
FRO. Qué hay? (*despertándose asustado.*)
VAU. Vaya usted corriendo á la botica.
FRO. Tan lejos?
VAU. Y traiga usted lo que canta esta receta... con nieve!
FRO. Nieve?
VAU. Sí, pronto, pronto.
FRO Brr! El frio acabará de despertarme. Qué ocurrencia! Nieve! Como si no hubiese caido bastante ayer. (*vase tiritando.*)

ESCENA II.

EL MARQUÉS, VAUBERT.

VAU. Ahora, emprendámosla con este! (*llamando.*) Laroche!
MARQ. Qué hay? Está Margarita peor?
VAU. No; lo mismo. Ya es de dia.
MARQ. Me he dormido!... Miserable naturaleza! Yo que tantas veces he velado por gusto!
VAU. Quédate aquí, mientras voy á decir dos palabras á ese jóven.
MARQ. A ese jóven? (*estremeciéndose.*)
VAU. Sí, á Marcelo, que está en mi cuarto.
MARQ. Cómo! Has dado asilo á ese?...
VAU. Por qué no? El hombre que ha salvado á tu sobrina tenia derecho á velar bajo el mismo techo que ella!
MARQ. Y qué gratitud le debo yo? Es cierto que la arrancó de ese balcon; pero no fué su funesto amor lo que la condujo ahí?
VAU. Estás seguro de que fuese el verdadero motivo el cariño que ella le profesa, y no el odio que nosotros le tenemos?
MARQ. El odio?
VAU. (*mirándole fijamente.*) O tu egoismo, si lo prefieres?
MARQ. Mi egoismo?
VAU. A no ser que llames afecto á ese primer impulso que aleja al salvador, con peligro de matar al enfermo, y que le abandona á los cuidados de una Rosalía, capaz cuando mas de llevarla á la desesperacion.
MARQ. Vaubert!
VAU. Osár ese miserable amar á tu sobrina! Eso clama al cielo; no es asi? Perezca la pobre criatura, y salvemos el honor del Marquesado, ó mas bien, porque esta es la verdad, espongamos la vida de Margarita con tal de que desaparezca para siempre ese importuno, ese enemigo, (*en voz baja, pero con intencion.*) ese rival...
MARQ. Rival?
VAU. He dicho rival, y lo repito. Si tu corazon avergonzado de lo que siente, no se ha atrevido aun á confesártelo, yo te lo digo. Sí, tu rival: porque no es al hombre hostil á tus convicciones, no es al plebeyo al que quieres echar de tu casa, sino al amante preferido que destruye las esperanzas que te sonreian á tu vuelta, de casa rejuvenecida, de una familia nueva, de una mujer hermosa.... seductora!
MARQ. Vaubert!
VAU. (*cogiéndole de la mano.*) Gritas?.... Luego he puesto el dedo en la llaga!
MARQ. No; mientes, y jamás...
VAU. Jamás? Júramelo!
MARQ. Ay! Vaubert! Qué daño me haces!
VAU. No será mucho si logro curarte.
MARQ. (*con resolucion.*) Ya está hecho, y no me verás avergonzarme dos veces de mi locura.
VAU. Locura, dices bien. La naturaleza ha dado un sentimiento á cada edad, y á aquel que ya no tiene derecho á las pasiones del amante, le queda el amor del padre.
MARQ. Ay! Yo no tengo hijos, Vaubert.
VAU. Tienes una hija; ámala y no parecerás ridículo, porque ese afecto es de todas las épocas.
MARQ. (*con amargura.*) Sí; amémosla como un padre puede amar á su hija, fijando en ella toda nuestra ternura, para que un desconocido venga el dia menos pensado á arrancarla de nuestros brazos!
VAU. Lo peor seria que permaneciese en nuestros brazos, y yo me acuso de haberlo esperado un instante. Hemos hecho tontería sobre tontería; y si sucediese una desgracia...
MARQ. Una desgracia? (*asustado.*) Conque hay peligro? Entonces es menester llamar á otros médicos; es menester que haya junta.
VAU. Para qué! Si al menos estuviese aquí el que ya la ha salvado una vez, y que me escribia: «Si reaparece la enfermedad, llámeme usted.»
MARQ. Pues bien, llamarle, que venga.
VAU. De París?
MARQ. Por qué no? Voy á escribirle!
VAU. (*con intencion.*) Tu carta llegará dentro de dos dias: por el telégrafo eléctrico podríamos avisarle antes de las doce; pero y para venir?
MARQ. Hay camino de hierro.
VAU. Hasta Rennes solamente; desde Rennes á Quim-

perlé, bien lo sabes, se tarda un dia entero.

Marq. Un dia! Mas con caballos mios, tres, cuatro, cinco... si es menester...

Vau. Seria tarde!

Marq. Quizás por otro lado... Por Nantes...

Vau. Cuarenta leguas en diligencia, otro dia!

Marq. Ah! Vivimos en un desierto. En todas partes hay ferro-carriles que devoran la distancia, el tiempo, y aquí... (*con desesperacion.*) Aquí no lo hay, á pesar de que querian hacerlo, porque yo he destruido su plan, y ayer estaba muy gozoso de haberlo hecho. Envanécete ahora de hallarte al fin del mundo; nadie puede venir en tu ayuda; gloríate de haber salvado tu casa, miserable; qué importa que no puedas salvar á tu hija? (*se deja caer sobre el sofá.*)

Vau. Valor!

Marq. Pero caiga esta casa: que no quede en pié ni una sola piedra de ella, con tal de que salve mi hija, mi querida hija, y juro dar yo el primer golpe á estas paredes sagradas, y hacer lugar á ese progreso que tendrá cuantos vicios se quiera, pero que se lo hace perdonar todo, porque acude mas pronto que nosotros al socorro de los que padecen!

Vau. (Gracias á Dios!) (*alto.*) Luego confiesas que la mision de ese jóven no es criminal ni insensata, y que puede tener un grande y noble fin?

Marq Sí, sí.

Vau. Porque mira, ya que nos falta la ciencia, podemos encontrar un auxiliar tan poderoso, mas poderoso que ella quizá... (*movimiento del Marqués.*) Sí, una reaccion violenta, un sacudimiento, una viva alegría, por ejemplo.

Marq. Habla! Dí. Qué hemos de hacer?

Vau. Eres capaz?...

Marq. De todo para salvarla.

Vau. Y prescindirias de tus añejas preocupaciones?

Marq. Lo que anhelo es su salvacion!

Vau. Pues bien, salvemos á esa pobre muchacha, y para eso acaba de buen grado lo que hemos comenzado por fuerza; pon en su mano la de Marcelo, diciéndola: «Este es tu marido.»

Marq (*turbado.*) Que vaya yo mismo á buscarle?

Vau. Sí, ya sé que es plebeyo; pero es hombre de talento.

Marq. Le he echado de mi casa.

Vau. Pues por lo mismo es preciso que le vuelvas á traer á ella.

Marq. Vaubert, lo que me pides es todavía mas que valor.

Vau. Y te lo pediria yo si no fuese heroismo? Pero es menester que pruebes con el sacrificio de tu orgullo que ese corazon de que antes hablabas, ha conservado el calor, la sensibilidad que hace decir de un hombre en todas las edades: «Aún es jóven, puesto que es capaz de sacrificarse.»

Marq. Pero mi padre, tan altivo, tan implacable en sus convicciones, admitirá en su familia al nieto de su antiguo mayordomo? Estoy seguro de que nunca, nunca consentiria.

Vau. Quién sabe? Combate al menos su resistencia.

Marq. Cómo?

Vau. Convéncele, y triunfa de él como de tí mismo.

Marq. No ignoras que en su presencia tiemblo cual si fuera un niño.

Vau. (*abriendo la puerta del cuarto del Duque.*) Vamos, que está abierta la puerta.

Marq. (*vacilando.*) No, jamás, no... Pero sí... Lo intentaré; y quiera Dios que salvemos á Margarita.

Vau. Estas completamente decidido?

Marq. Suceda lo que sucediere, estoy resuelto á decirlo todo, y á hacer cuanto pueda.

Vau. (*con emocion.*) En ese caso, perdóname, porque te he mentido. He salvado á Margarita, y te respondo ahora de su vida.

Marq. La has salvado! (*rompe á llorar.*) Gracias, gracias, Vaubert! (*arrojándose en sus brazos.*) Pero tambien me has salvado, y respondo de mí.

Vau. Vamos, ánimo!

Marq. (*abrazándole riendo y llorando.*) Y luego que nos llamen mómias! Vivan las mómias! En adelante podremos mirar cara á cara á esos jóvenes que se burlan de nuestras debilidades, y decirles: «Mómias, sí; pero que uno de vosotros haga otro tanto.» Conque á Dios, amigo mio; vuelo allá... Cómo me tiemblan las piernas! Pero no importa, triunfaremos y Margarita será feliz. (*se precipita en el cuarto del Duque.*)

ESCENA III.

Vaubert, Fromentel.

Vau. Qué corazon el suyo. No hay otro semejante! Lástima que sea aristócrata! (*sale Fromentel con su bata levantada, tiritando, y con una servilleta llena de nieve.*)

Fro. Aquí esta la nieve! Aquí está.

Vau. Bueno! (*mirando al cuarto del Duque.*)

Fro. La bebida la traerán dentro de un cuarto de hora!

Vau. Bien; déjela usted ahí.

Fro. Dónde?

Vau. (*distraido.*) Donde usted quiera; sobre esa mesa... delante de la chimenea.

Fro. La nieve? (*estupefacto.*)

Vau. O tírela usted. Qué demonios he de hacer yo con ella?

Fro. Despues que me ha hecho usted helar. (*se acerca á la chimenea.*)

Vau. (*agitado.*) (Tiene razon! Otro hombre cualquiera, pase; pero el nieto de su mayordomo! Difícil será que acceda el Duque! Y el marqués, que es tan humilde con él! Si flaquea, se lo lleva todo la trampa. Si yo entrase... seria aun peor... Se necesitaba una persona que tuviese derecho... de, de... que tuviese autoridad, que le hablára en nombre de... en nombre de los... (*lanzando un grito.*) Ah! su confesor...) Fromentél, dónde vive el padre Luis?

Fro. Ay! Dios mio! Acaso la enferma?..

Vau. No, no, responda usted: dónde vive?

Fro. Acabo de verle entrar en la iglesia.

Vau. En la Iglesia?

Fro. Sí.

Vau. (*muy agitado.*) (En la Iglesia!.. Un hombre con quien estoy á matar!... Tendré que empezar por pedirle perdon! Si siquiera no fuese en la Iglesia!) Dice usted que salia de...

Fro. No, que entraba.

Vau. (Entraba? Soy perdido! No me soltará! Querrá convertirme! Me impondrá una penitencia! No, no.) Además, no tengo mi sombrero y no puedo ir.

Fro. Aquí está su sombrero de usted: lo cogí por equivocacion!

Vau. (*tomándolo.*) Es el mio! Es verdad!

Fro. Se marcha usted?

Vau. (*sin moverse.*) Sí, sí! Me marcho! (*resueltamente.*)

Fro. Pues vaya usted con mil diablos!

VAU. No, me voy con Dios! (*vase.*)

ESCENA IV.

FROMENTEL, *luego* BERNARDO.

FRO. De fijo se vá á echar un sueño! Qué frio! Esta lumbre no calienta! Yo no sé con lo que hacen el fuego ahora, que no sirve de nada. Y el pícaro de Urbano á quien no he visto desde ayer! Ha vuelto mi hijo? (*á Bernardo que sale.*)

BER. Sí, señor. En este momento le suben por la escalera.

FRO. Cómo! Le suben?

BER. Parece que ha pasado la noche de francachela, y viene en una situacion que...

FRO. Hijo desnaturalizado, parricida, infame! (*llaman.*)

BER. Chit! Llaman en el cuarto de la señorita! (*corre á la puerta.*)

FRO. (*sin escucharle.*) No, ese tunante no es mi hijo! No es posible! En eso hay algun secreto que nunca se sabrá. (*Marcelo sale recatándose y al ver á Fromentel se queda en el fondo.*)

BER. La señorita se ha despertado!

FRO. Se ha despertado! (*tomando la nieve y agitándola amenazador.*) Pues yo tambien voy á despertar al señorito con esto en su cama! (*vase con la nieve.*)

ESCENA V.

MARCELO, BERNARDO.

MAR. Bernardo!

BER. Usted aquí?

MAR. Bernardo, mi querido Bernardo, por Dios te lo suplico: permíteme verla.

BER. No señor, no puede ser.

MAR. Un momento nada mas... Que pueda decirla una palabra. No la hablaré, te lo juro. Una mirada siquiera.

BER. No, no: debo observar mi consigna. No entra nadie, y usted menos.

MAR. Pues entraré, aunque sea á pesar tuyo. (*con resolucion.*)

BER. Llamaré al señor Marqués.

MAR. Bien, llámale, y dile que me arroje de este sitio, si se atreve. Quiero verla.

BER. Me matará usted, pero no pasará. (*se pone delante de la puerta.*)

ESCENA VI.

Dichos, MARGARITA.

MARG. (*separando suavemente á Bernardo.*) Y si yo quiero verle, Bernardo?

MAR. Margarita!

MARG. Vete; déjanos.

BER. Señorita!..

MARG. Déjanos. (*con autoridad.*)

ESCENA VII.

MARGARITA, MARCELO.

MAR. Querida Margarita!

MARG. (*deteniéndole con una mirada.*) Por qué ha vuelto usted, Marcelo? Ya no tenia usted nada que hacer aquí!

MAR. Que por qué he vuelto?

MARG. Bien ve usted que estoy buena y que no hay, que tratarme cómo á una niña, á cuyos caprichos se finge acceder.

MAR. Qué quiere usted decir?

MARG. Quiero decir que no acepto su compasion de usted; quiero decir que usted no me ama.

MAR. Que no la amo á usted?

MARG. No; usted mintió por cobarde condescendencia, y eso no lo puedo perdonar jamás!

MAR. Que he mentido! Que no te amo? Mírame, Margarita, mírame, y atrévete despues á repetir que no te amo.

MARG. Jura usted que vino á esta casa creyendo encontrarme en ella?

MAR. No, no lo juraré, porque no es verdad.

MARG. Ya lo vé usted. Jurará tambien que pidió mi mano, y que se la concedieron?

MAR. No, eso no; pero...

MARG. Ya lo ve usted. Y en fin, no es cierto que estuvo usted mas de veinte veces para decirme: «La engañan á usted; todo es falso.»

MAR. Sí, sí, aunque...

MARG. Así no puede usted negar que no me ama, y que mentia.

MAR. No; no mentia, no, cuando la decia á usted que la amaba! No podré decir cómo ha nacido... ó mas bien, cómo se ha revelado este amor; pero me sentia tan conmovido al oirla, al verla á usted! Ese afecto tan puro, tan sencillo, tan tierno, se reflejaba en mí, me penetraba y me embriagaba. Margarita, esto no se esplica, no: se siente! Tiene algo de divino! La mentira poco á poco se convertía en verdad; la verdad en luz! Sí, la amaba, la adoraba á usted, y lo juraba desde lo íntimo de mi corazon... como te vuelvo á jurar ahora, que te amo que te idolatro.

MARG. Ah! te creo! (*que se ha ido volviendo hácia él, á medida que hablaba.*)

MAR. Pues bien, ahora eres mia, y les desafío á que nos separen.

MARG. Separarnos!

MAR. Sí, el Marqués me ha quitado toda esperanza; pero, que importa?

MARG. Qué importa? (*rechazándole.*) Entonces, qué aguarda usted. Marcelo? Qué yo le siga? Qué consienta en huir con usted? Eso jamás! (*se aleja de él.*)

MAR. Margarita!

MARG. Jamás.

MAR. Pero usted es libre! Usted está sola en el mundo!

MARG. Sola yo? No: la memoria de la que no existe me acompaña. Cuando entré en esta casa lo juré. Arrojaron de aquí, despues de maldecirla, á mi pobre madre; ahora quiero que la honren y la bendigan. Y haria yo que la aborreciesen, que la maldigeran de nuevo? No dirán, no: «La madre sabia tan mal sus deberes, que no supo enseñárselos á su hija.» Al contrario: quiero que todos esclamen, y en esta casa mas alto que en ninguna otra: «Era una mujer honrada, que supo educar bien á su hija.»

MAR. Santa virtud! Alma noble y esforzada! Quién ha de dejar de admirarla?

ESCENA VIII.

Dichos, El MARQUÉS, VAUBERT., FROMENTEL.

MARQ. (*sale rápidamente por el fondo, los otros por la derecha.*) Mas bajo, hijos mios, mas bajo, no sea que os oiga mi padre.

MAR. No oirá nada que no pueda yo repetir muy alto; delante de usted y delante de él!

MARQ. Pero la sola presencia de usted, ahora que lo sabe todo...
MARG. Lo sabe? Se lo ha dicho usted, tio?
MARQ. Sí, yo, y sin resultado alguno. Despues de haberme oido en silencio, se puso en pié con una energía que nadie hubiera sospechado en él, y esclamó: «Déjame, déjame.» Y para quien le conoce como yo, no hay duda que todo se ha perdido.
VAU. (Perdido? Quién sabe todavía?)
MARQ. En ese caso, partiré en seguida.
MARG. Partir!
MAR. Sí: he comprendido mi deber, Margarita, como usted el suyo. Mi honor me ordena alejarme de esta casa, y no arrancar á usted de ella. Ah! soy digno de usted, puesto que tendré valor para obedecer sus órdenes.
MARG. Usted no habrá nacido noble, pero es usted un verdadero y cumplido caballero! (*tendiéndole la mano.*)
MARQ. Tiene razon! Un hombre como él, no debe entrar en nuestra familia sino con la aquiescencia de todos. A Dios! A Dios! (*dá la mano á Marcelo que saluda en silencio á Margarita, y se dispone á marchar. Pero la puerta del fondo se ha abierto durante las últimas palabras del Marqués, y aparece el Padre Luis.*)

ESCENA IX.

Dichos, El PADRE LUIS.

LUIS. Y de ese modo entrará. Marcelo, hijo mio, abraza á tu mujer.
MARG. Su mujer?
MAR. Margarita!
VAU. Consiente el señor duque? (*con júbilo.*)
LUIS. En su nombre vengo á anunciarlo.
MAR. Corramos á darle las gracias.
MARQ. Y á mí, no me querrá usted abrazar antes, sobrino mio?
MAR. Con toda mi alma. (*se abrazan.*)
VAU. Qué bien he hecho yo en traer al señor cura!
MARQ. Conque has sido tú quién?..
VAU. Sí... le encontré por casualidad, esta mañana...
MARG. No; estoy segura de que fué á buscarle usted. (*le aprieta la mano.*)
VAU. (*conmovido.*) Pues bien, sí; fuí á buscarle... á su iglesia... á donde volveré, si tú te empeñas.
MARG. El dia de nuestra boda.
VAU. Cuando tú quieras. Esta chica hará de mí cuanto le dé la gana... aunque sea un santo.
MARQ. Como de mí! No me ha hecho ya bendecir el progreso?
LUIS. El progreso, señor Marqués, lento, mesurado, prudente, es la ley de la humanidad; es la ley del mundo; es, en fin, la ley de Dios.

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 20 de Febrero de 1863.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

PINTO: 1863.—Imp. de G. Alhambra, calle de las Monjas, núm. 8.